This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

~~BANCROFT LIBRARY~~

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA

Theo H. Crook Collection

Bancroft Library
University of California
WITHDRAWN

PB

2773

LUCIA

LUCÍA

OBRAS DEL AUTOR

—

PUBLICADAS

Tres Tumbas (Poema en verso).....B 1,
La Despedida (Poema en verso)..... 1,
Semblanza del doctor J. M. Jáuregui..... 1,50
Ecos de la Patria (Poesías)..... 1,
Poesías Escogidas. 2,
Epifanio Mora (Esbozo biográfico y juicios literarios..... 0,75
Breve Reseña de los principales sucesos políticos, sociales, económicos y religiosos verificados en La Grita durante el lapso de 1800 á 1900 0,50
Campaña Heroica..... 3,
Sangre Patria..... 3,
Lucía (Novela)..... 2,

Las tres últimas se venden en «El Cojo» y la «Librería Española», en Caracas; y todas, en La Grita, en el establecimiento del señor Rafael María Guerrero.

EMILIO CONSTANTINO GUERRERO

LUCÍA

SITIOS Y COSTUMBRES GRITENSES

EPOCA: DE 1825 A 1827

CARACAS
TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
1904

F2 2 0 1
G9

Good
pt.

[illegible]
[illegible]
LIBRARY

DEDICATORIA

—

A mi hermosa y cara Grita, la ciudad de mi cuna; la tierra de mis íntimos afectos; donde está el hogar de mi familia con todos los seres queridos del corazón; donde palpitan vivos todos los áureos recuerdos de mi niñez y resplandecen todas las rosadas auroras de mi primera juventud; donde están los amigos que surgen á mi memoria para confortarme en mis tristes momentos de nostalgia, y donde reposan hoy bajo los brazos de sacrosanta Cruz, los restos queridos de mis idolatrados padres: á La Grita dedico estas páginas, escritas allí hace ocho años, y en las cuales

5452

he querido conservar muchas costumbres sencillas é inocentes de nuestros honorables y virtuosos antepasados.

Al dedicarlas á ese amado pueblo, hago los más fervientes votos por su creciente prosperidad; porque la dulce paz sea su inseparable protectora; porque la más estrecha cordialidad reine siempre en sus familias; porque jamás allí se consumen los negros crímenes que llenan de horror al espíritu, ni sea azotado nunca por las fatídicas alas del infortunio y del dolor.

Con ellas envío á mis hermanos, todo el afecto del corazón, y un nuevo testimonio de mi cariño para cada uno de mis inolvidables coterráneos.

E. C. G.

Caracas, marzo de 1904.

LUCIA

PRIMERA PARTE

Un hogar virtuoso es un nido de alondras colgado en las ramas de un citiso en flor.

Hay en él efluvios de vida y promesas de gloria. Irradia luz como la inocencia, y sonríe como el candor. Tiene perfume, color y armonía, esas tres notas que sintetizan el universo físico y que esbozan la penumbra del universo moral.

Hace tres cuartos de siglo existía en La Grita un hogar privilegiado. El ángel de la dicha lo cubría con sus alas: la fortuna le

dipensó sus favores; el talento, sus gracias; la virtud, sus hechizos.

Tres personas constituían aquel edén, que la serpiente del mal no había asaltado. Los dos esposos empezaban á declinar en la pendiente de la vida; pero el cielo les había dado—como un apoyo para su descenso, como una sonrisa para su vejez, como una oropéndola para cantar en la tarde de sus días—el tesoro inestimable de una hija encantadora. Llamábase Lucía, y la dulzura de su nombre era como especie de crepúsculo que dejaba entrever la dulzura de su alma.

El aura de quince primaveras le había besado la frente, y ostentaba—como una estatua de Fidias—toda la brillante esplendidez de la más fantástica hermosura.

Su tez, más bien que de nieve, parecía el pétalo de un botón de rosa dos mañanas antes de entreabrir; sus cabellos, ensortijados y abundantes, eran negros como el ala del paují; sus ojos, obscuros como una noche de Vernet; torneado el cuello; hermoso el talle, dulce la voz y penetrante como espada de fuego la lumbre cenital de sus pupilas.

Como la naturaleza da fragancia á la flor, concentos armoniosos al ave, destellos á la mañana, instintos al corazón, le había dispensado el riquísimo tesoro de una cultura natural. Su viveza era un instinto; su finura, un aroma. *Divinidad* le habrían dicho los pueblos idólatras; *Majestad* la habría proclamado el alto orgullo de la aristocracia lisboeña.

Lucía era el encanto de sus padres y el hechizo de su pueblo.

Aunque empezaba á exhibirse en el teatro de la vida, ya había merecido que pidiese su mano un joven de altos méritos.

Luis no era de La Grita. Nació en la Villa de El Rosario, y era miembro de una familia de claro abolengo, de afamada riqueza, y que gozaba sobre todo, de singular estimación.

Era delgado, blanco, de facciones finas, ojos muy negros, con el labio superior apenas sombreado por un ligero bozo, de educación esmerada, chispeante talento y hábil en la ejecución del arpa. Tenía veintidós años.

En el seno de su hogar estudiaba música y letras, bajo la dirección de un notable profesor; pero lo débil de su organismo y la circunstancia de habérsele presentado síntomas de una lesión pulmonar, le obligaron á suspender sus estudios para consagrarse al comercio.

Su familia quería que cambiase de clima para restaurar la salud; pero él no se sentía con fuerzas para dejar el regazo materno, y creía perecer—como flor trasplantada—al encontrarse bajo otro cielo distinto de aquel que contempló desde la cuna cuando por vez primera dirigió hacia arriba la mirada vacilante.

Con todo, no pudo sostener su resolución. Las constituciones débiles son de suyo impresionables. Como varían de formas las nu-

bes enrarecidas de una tarde de verano, presenta de ensueños febriles la fantasía que devora una complexión enferma.

Luis estaba sin duda impresionado. Temía las consecuencias de su mal, á cuyo impulso creía á veces ver derrocado el castillo de sus ilusiones de oro y sus esperanzas de violeta.

Una tarde tuvo deseos de leer. Aún estaban para ese tiempo en el pináculo de su gloria los versos de Arriaza. El joven tomó el volumen predilecto, y sentado en el jardín al pié de un cocotero, en el momento en que el sol se había hundido en el ocaso y el cielo exhibía todo el lujo de su magnificencia y las aves todo el primor de sus gargantas, abrió el libro y empezó á leer la hermosa composición «El llanto de una madre.»

Su alma bebió allí ternezas como gotas de rocío el aura de la mañana. Aquellos versos destilaron en su corazón algo como ese líquido que absorbían las plañideras antiguas para despertarse el sentimiento con que iban á llorar sobre el cadáver de un muerto ilustre.

Su mente se sumergió en pensamientos luctuosos, y cuando volvió en sí, la noche había desplegado sus alas de cuervo y la aureola de la luna-llena empezaba á emerger como un iris de esperanza tras las obscuras cimas de las montañas del Oriente.

Contra su costumbre ordinaria, esa noche no salió á reunirse con sus amigos. Estuvo delirante, nervioso, pensativo.

Él venía, hacía algún tiempo, absorto en la contemplación del porvenir. Veía nublado el horizonte del mañana: lo afligían su enfermedad y los quebrantos frecuentes de su querida madre.

Además, de una organización eminentemente tierna y afectiva como era, soñaba en el amor: sentía dentro del pecho un corazón nacido para amar, y quería trasfundirlo en el seno de otro sér; dilatarlo entre las fibras de otro corazón cuyos efluvios viniesen á calmar la delirante sed de sus anhelos.

Bajo tales impresiones, se retiró á su alcoba.

Esa noche tuvo un ensueño que lo conmovió hondamente.

Creyóse trasportado á un pueblo extraño, en el cual se veía á sí mismo, al lado de una mujer encantadora que lo estrechaba dulcemente entre sus brazos.

Era aquélla una especie de ángel, cuyas facciones en vano se esforzaría por trasladar al lienzo el más delicado pincel: un sueño de ventura, una creación de artista, una idealidad singular, amable como la dicha, seductora como el placer y casi imposible como los delirios de la imaginación.

En aquella faz divina parecían haberse dado cita toda la hermosura de las flores, todos los encantos de la inocencia, todas las sonrisas de la niñez.

Él se sentía de rodillas en el altar del alma, ante aquella célica imagen que lo estrechaba con inefable amor y lo llamaba

con dulcísima voz, adorado compañero de la existencia.

Al rededor de ellos, veía mucha gente: fisonomías extrañas, pero amables, en todas las cuales resplandecía cierta íntima satisfacción de contemplar la bienhadada pareja.

El, por su parte, se sentía feliz. Pero de pronto, aquel placer se trueca en dolor.

A la profusión de luces habían sucedido tinieblas. Un ruido sordo y medroso se oía por todas partes. La casa en donde estaba se veía en ruinas. Las gentes temblaban de terror. Oíanse gritos agudos, ayes dolorosos, imprecaciones horribles, rezos, palabras entrecortadas.....

Poco á poco, una polvareda inmensa que flotaba en el aire, se fué disipando, y entonces pudo ver que estaba bajo unos árboles, rodeado de cadáveres, de heridos, de contusos, y al lado de la que hacía un momento le había hecho entrever el cielo de la felicidad.

La linda joven estaba muerta, al pié de un jazmín florecido, tendida horizontalmente. Vestía un traje blanco, y tenía un ramo de azucenas en una mano, y algo como una mariposa negra posada en el lado del corazón. Los rayos de la luna, pasando por entre los azahares del jazmín, caían perfumados y esplendorosos sobre aquel cadáver, que más parecía un ángel dormido.

Al redor todo era luctuoso: cerca pasaban personajes extraños, como fantasmas de las tinieblas; se oían voces ininteligibles y tre-

molantes, y todo hacía creer que aquel lugar era uno de los espantosos círculos del Infierno de Dante.

Cuando despertó, estaba llorando. No pudo volver á dormir, y al día siguiente estuvo triste y pensativo.

¿Qué indicaba aquel sueño? No pudo descifrarlo. Quiso decírselo á su madre; pero temió las consecuencias. El corazón tiene sus debilidades. Un presentimiento triste destruye su savia con más fuerza que la tempestad de un gran dolor. Pueden venir sobre él los procelosos días del infortunio; no importa: él resistirá. Pero ¡ay! si á su tranquilo cielo llega la nube sombría de una impresión luctuosa; ese gigante se avasallará como un pigmeo; ese atleta espirará como el más vil infusorio.

Guardó en silencio su desoladora visión; pero no pudo ocultar la inquietud que le causó. Sus amigos lo notaban intranquilo, pesaroso, como abrumado bajo el peso de una gran pena.

Pasados algunos días, cayó en cama. Una ligera fiebre empezó á devorar su constitución. Pero su estado moral era aún más alarmante. El médico se afanaba en vano combatiendo aquella indisposición cuyos resultados no podía determinar.

Había en la casa una anciana que ayudó á criar á Luis, á la cual éste profesaba intenso cariño y distinguía con el nombre de Señora Inés. Era un pozo de bondad aquella Señora. El airarse no era suyo; la altivez

no halló nunca palabras en sus labios. Vivía para sus Señores, y la voluntad de ellos era la suya.

Esta anciana recibía constantemente confidencias íntimas de Luis, y fué ella en esta ocasión, la que supo las tristezas de su alma. El joven le confió varios secretos en la creencia de que iba á morir, y ella al punto los llevó á conocimiento de la madre de él.

La Señora se alarmó. Mi hijo no aguarda sino la muerte, decía, y cuando la esperanza de vivir se pierde, la persona va camino de la tumba.

Llamó al médico y consultó el caso. Este ordenó que le trasladaran á otro pueblo por vía de temperamento, en la confianza de que bajo otro clima y con las variadas emociones del viaje, podría distraer su espíritu, cuyo abatimiento era quizá el principal estímulo de la enfermedad.

La Señora accedió á sus ideas y dispuso la partida del joven.

Ella tenía un pariente muy cercano en esta ciudad: el Cura. ¿Dónde podría estar mejor su hijo? Gozando de la bondad de un clima paradisíaco, en un pueblo de costumbres patriarcales y al lado de un anciano sacerdote en cuya frente centelleaba la aureola de la virtud, y cuyo corazón, panal del Hibla, era un fondo de bondad.

No hubo obstáculo para este viaje, y poco tiempo después, Luis partía para La Grita, acompañado de la buena anciana, que era su

segunda madre desde el instante en que brotó á sus ojos la primera lágrima de la vida.

Su tío le recibió con efusión de cariño. El Padre Fernando, como se llamaba generalmente á este anciano sacerdote, era una especie de ángel con figura humana. Había nacido para el altar, como el pez para el agua, ó la mariposa para el verjel. La dulzura de su carácter no tenía igual. Era manso como una gacela y generoso y providente y paternal. Sus costumbres eran las de un Santo. En su mente jamás aleteó el cuervo de los pensamientos sombríos, ni anidó en su corazón la serpiente del mal. Su misma voz daba idea de su bondad: tenía el timbre de una campanita de oro tañida en el santuario de un templo.

Eran sus ojos luz; su frente, candor. Hablaba para seducir, y seducía para encaminar por la senda de flores de la virtud.

En sus labios brillaba siempre el fulgor de una sonrisa, que era como cadena de oro para atar los corazones. Siempre me lo he figurado con los rasgos del Cura de Arce, ó los lineamientos del Obispo de Beley.

Era blanco, pequeño, de proporcionada gordura, faz redonda, mirada viva y cintilante.

Su saber debía de ser no común: aún conservo una obra suya, y tiene al margen comentarios escritos en fácil y elegante latín.

Vivía en donde hoy llamamos «El Llano». Junto á la Capilla de la Cruz estaba su casa,

que parecía el kiosco de un poeta elegante. Cuatro hermosos corredores encerraban un extenso patio cubierto de variadas flores, en donde sesteaban numerosos pájaros y aves silvestres que su paciencia había sabido domesticar. El ante-patio estaba vestido de árboles frutales. Manzanas que parecían, esmeraldas, únas; fresas, ótras: duraznos, amarillos como un limón maduro; membrillos, y otras varias frutas pendían de aquellos árboles que se creyera nacidos en la tierra de promisión.

Las mañanas allí eran un encanto. Jamás orquesta alguna entonó más dulces notas, ni despertó en el alma más sentidas fruiciones. Por las tardes, á las bellezas del paisaje agreste, se unían los atractivos de una reunión social, pues era ése el sitio elegido por las familias para pasar las últimas horas del día, en la expansión de la amistad y en el deliquio indecible de una conversación amena y deleitosa.

Allí llegó Luis, á ser partícipe de esa plácida vida.

Desde su arribo, las impresiones que experimentó fueron las más gratas. En nada extrañó el amoroso nido donde se meció su cuna, el cielo azul que decoró sus mañanas, los amigos de su juventud, los cuidados de su familia y las costumbres de su casa.

Su tío le abrió los brazos, y lo recomendó á la numerosa servidumbre, que de allí en adelante le dispensó respeto y cariño con la más sincera espontaneidad.

Llegado el próximo domingo, tuvo ocasión de relacionarse con lo más selecto de la ciudad. A las cuatro de la tarde empezaron á llegar familias á la casa del Cura, y poco después, se había establecido una tertulia tan animada como expansiva. Luis fué presentado á todos los circunstantes, en quienes causó desde luégo grata impresión. La finura de sus modales, lo correcto de su conversación y lo gallardo de su aspecto no podían menos que atraerle simpatías. Pero más tarde, cuando á exigencias de su tío tomó el arpa y empezó á pulsar aquellas cuerdas de retemplado acero, todas las miradas se fijaron en él, y en todos los corazones tuvo una fibra destinada á tributarle los homenajes de la admiración.

Esa noche durmió tranquilo. Olvidó las brumas que cruzaban por su mente, y en su espíritu sintió renacer los ideales de la vida, los ensueños de la juventud y las esperanzas fascinadoras que había visto marchitarse en el árido desierto de sus pasados infortunios.

Pequeñez del corazón humano! En los días de su prosperidad, el solo eco de un gemido basta á llenarlo de dolor; y en sus horas de infortunio, á veces una palabra es suficiente para disiparle los nublos de su pena.

En el escenario de la vida no hay misterio más grande que él. La inteligencia es impotente para estudiarlo; la filosofía, incapaz de traducirlo. El se eleva por sobre

todo concepto abstracto y se oculta á toda mirada intelectual. El es el centro de las grandes acciones y el creador de las más sublimes ideas. El se dilata hasta los senos de lo infinito, y se concentra hasta reducirse al punto que esquiva la visión. Para él no hay conceptos opuestos: reune la luz con las sombras, la verdad con el error, la ternura con la crueldad, el crimen con el bién. Tamerlán levanta pirámides de cráneos humanos, y llora al ver agonizante su caballo. Marco Antonio deslumbra con el brillo de su espada, y se rinde ante la mujer á quien su denuedo impulsa á castigar. Bonaparte hace temblar á las naciones con su voz, cubre de cadáveres el suelo de nn Continente, y una noche hace fuerza en su escritorio para impedir que una mosquita perezca en la llama de su quinqué. Almas de oro ha habido que han envenenado la tierra con el hálito de sus doctrinas. Inteligencias que fueron cascada de luz han llevado la sombra á la conciencia humana. Pechos que no palpitaron sino á impulso de la virtud, han abierto su sagrado recinto para anidar al crimen.

La ciencia humana continuará rasgando el velo de los arcanos físicos; la filosofía seguirá penetrando en las idealidades de la mente; la luz llegará á convertir los dominios del hombre en un día de inextinguible claridad; pero en el cielo esplendoroso de ese día, como un planeta obscuro en el espacio, como una mancha negra en el dis-

co solar, como una nube sombría cerniéndose en la atmósfera, aparecerá el corazón humano con sus abismos impenetrables y sus misterios indefinibles.

La medicina no había podido llevar un resplandor á la morbosa mente de Luis; y he aquí que un cambio de escenario, una mirada fascinante, una voz argentina, una palabra dulce cicatrizan su lesión orgánica, le hacen olvidar sus penas, lo levantan del fondo de sus pesares y le abren un horizonte de alborozados deliquios y sonrientes promesas.

En toda la noche la imaginación de Luis estuvo concentrada en unos ojos negros como la endrina, vivos como el fuego y ardientes como el placer, que le dejaron esa tarde deslumbrado.

Apenas clareó el día, se levantó á gozar del frescor de la mañana y de las bellezas del jardín. Y estaba allí todavía, deleitado con aquella mañana campestre en medio de la ciudad, cuando oyó la voz de su tío que le dijo: hoy es trece de diciembre, cumpleaños del natalicio de una ahijada á quien estimo con filial predilección. Ensaya en el arpa algo digno de ofrendarlo en sus rejas esta noche, pues debo ir á cumplimentarla.

Luis quedó como electrizado, y apenas si pudo responder.

El sacerdote se fué para la Iglesia á celebrar la fiesta del día, y cuando regresó á horas de almuerzo, presentó á su sobrino los

compañeros de orquesta para la felicitación de esa noche: dos flautas, dos guitarras y un violoncelo.

En todo el día prepararon el orden de la serenata, que debían llevar al sonar las nueve de esa noche; y á las ocho, el sacerdote se fué en traje de visita para esperar allí el obsequio que él mismo iba á presentar.

Las noches de diciembre son encantadoras en mi pueblo, y ésta lo era con especialidad. Ostentaba el cielo su pabellón azul de mar, tachonado por innumerables estrellas, que más parecían polvos de oro que gigantescos luminares. No había luna; pero Júpiter, en su mayor cercanía á la tierra, se exhibía con un tamaño igual á la octava parte del astro de las noches, y despedía una luz argentada y apacible que alumbraba perfectamente la ciudad. De las montañas del Este venía un airecito frío y oloroso á páramo, que confortaba y difundía doquiera el aroma del helecho y del romero.

Todo ello inspiró á la improvisada orquesta, que, al pie de las ventanas de Lucía, rompió su obsequio con una dulcísima canción: «Los ojos de mi amada». Siguió un vals, en que aquella arpa produjo algo de los nocturnos de Chopín y de las overturas de Auber; no-se-qué sublime que tenía de sinfonías de Bethoven, de cantos de aves, de murmurios de fuentes, de suspiros del céfiro, y todo ello saturado con el perfume del corazón.

Al terminar este desborde de armonías, la ventana se abrió para dar campo á la aurora.....que, personificada en Lucía, invitaba á los circunstantes á pasar á la sala.

Luis quedó extático; á impulsos de sus compañeros entró, pero casi fuera de sí.

El sospechaba que la ahijada de su tío, era la joven cuyos ojos le tenían dominado desde el día anterior; pero no vino á convencerse hasta ese instante supremo, en el cual quedó deslumbrado como en presencia del sol.

Los padres de Lucía le recibieron con particular atención: estaba ya asaz recomendado, y personalmente había despertado en ellos especiales simpatías.

Los instantes allí se le pasaron sin saberlo. Ejecutó varias piezas, en las cuales puso pedazos del alma. Su mismo tío estaba sorprendido, y tan gallarda inspiración no pudo atribuirla sino á algo que pronto adivinó en las miradas de Luis. Era ya maestro en descifrar esos misterios, pues conocía tantas historias en sus análisis de la conciencia!

Lucía también cantó esa noche. Su voz parecía una hebra de cristal tañida con una punta de marfil. Al cantar, aquella boca diminuta y bella, semejaba un botón de rosa que comienza á abrir; y aquella garganta, torneada y tersa, parecía como de una estatua griega, de esas que los artistas modelaron viendo en su mente á Juno y á Miner-

va, á las ondinas del mar, y á las nereidas de los bosques.

Cuando llegó la hora de despedirse la concurrencia, Lucía tuvo que disimular las profundas emociones de que era presa su corazón. Por vez primera había sentido una impresión extraña, que dormía en su organismo como duerme la nota en las cuerdas de la lira, el canto en la garganta del ave, el fruto en el ovario de la flor.

Magnolia que entreabría en los verjeles de la vida, aún ignoraba que el favonio llegaría á besar sus pétalos y á beber las ondas de su perfume; fuentecilla recatada, nacida en el fondo del hogar, aún no sabía que en sus cristales debían retratarse los astros del cielo y los ramajes del bosque.

Esa noche, los ensueños del ángel fueron sustituidos por las visiones de Hebe. Los serafines que habían rodeado su lecho de mullido plumón, tomaron cuerpo humano y se le presentaron sonrientes de dicha y chispeantes de alborozo. Eva había despertado á la vida del Edén.

Luis por su parte, tuvo ensueños divinos. Telémaco, la primer noche de su estadía en la isla de Calipso, no durmió arrullado por más bellas fantasías.

En la primera carta que escribió á su madre, la hizo partícipe de sus célicas fruiciones. Aquella pluma vibraba al trasladar al papel recuerdos que no podía sugerir la mente sin que el fluido nervioso hiciese conmover el organismo.

Pasaron algunos días. Las familias todas se preparaban para una época de verdadero alborozo.

El mes de diciembre entre nosotros tiene todos los atractivos de un veraneo para los reyes. La naturaleza se exhibe en él, ubérrima de gracias y pródiga en dones. Ríen los días como en la serena Italia, y se ocultan luego para dar paso á noches como las espléndidas noches orientales. Los campos se visten de flores, las fuentes de espumas. Embriagan las auras con sus perfumes y los pájaros cautivan con sus canciones. Y luégo, inocentes costumbres que nos legó España, vienen á sustraer el espíritu de las monótonas faenas de la vida para trasportarlo á las esplendorosas mañanas paradisíacas, donde todo era rumores de inocencia, palpitaciones de dicha, arrobamientos de amor.

Y el pueblo se esfuerza por representar á nuestros ojos las ternuras del idilio de Belén. Y de nuevo aparecen los profetas haciendo sus misteriosos vaticinios, y el Bautista vuelve á predicar en el desierto de Betania, y los sacros esposos parten de Nazareth á inscribirse en el molesto padrón y á pagar el tributo al César con el manso buey que llevan por delante, y nace el Salvador en el establo, oyen los pastores el «Gloria in excelsis Deo,» surge la estrella que conduce por las espléndidas noches asiáticas á los magos del Oriente, Herodes expide su criminal decreto, llora Rama

por *esos hijos que ya no existen*, huye á Egipto el Redentor del mundo y las palmas se inclinan á su paso, y el iris aureola su frente y á su presencia caen los ídolos del templo de Dagón.

Costumbres sencillas y hermosas, que no morirán, porque ellas presiden los dulces idilios de nuestra infancia y contornean con lujo de colores el cromo que inmortaliza las empresas de la niñez.

Llegó el 24 de Diciembre.

« La noche de navidad
No hay ni una flor que se cierre,
Para indicar á los hombres
Que esa noche no se duerme.»

Así cantaban nuestros viejos jaraneros, cuando al comenzar la noche de navidad recorrían las calles en festivo paseo filarmónico con sus tradicionales instrumentos: el triángulo, la chirimía, la zambomba y la carraca.

Y en verdad, en nuestros pueblos esa noche pocos duermen. Primero hay tertulias en casi todos los salones de familia; á las diez, las campanas convocan al templo á la generalidad de las personas, y cuando los gallos, con su incesante cantar, anuncian el advenimiento de la Pascua, los comedores exhiben, ebrias de apetitoso olor, las memorables hallacas, que el Dios Pachacamac enseñó un día á hacer á los aborígenes americanos.

La casa de Lucía fué esa noche un centro de tertulia, y allí estuvo Luis con su acostumbrada jovialidad, su chispeante ingenio y sus cultísimas maneras. En la representación de una charada, tuvo oportunidad de decir á Lucía cosas que le mandaba el corazón, y de llevarla en los brazos por cinco minutos al bailar una polk que le pareció tocada por los genios en los caleidoscópicos palacios de Abdallah. Y esa noche tuvo ocasión de convencerse de que la olímpica semidiosa le miraba con algo más que la admiración que se tributa á los merecimientos de un joven artista. Conoció que le amaba.

Su felicidad crecía por momentos. Lucía era para él una hada, una aparición fantástica, un espíritu celeste. La creía la personificación de la aurora, la virgen de la tarde, ó algo que no se dignaría fijar sus miradas en los hombres y que tal vez desaparecería de un momento á ótro de la terrena morada sin dejar más que el recuerdo de su belleza en las mentes y la locura del apasionamiento en los corazones. Pero ya la había visto corresponder á sus caricias, y se creía por ello divinizado, suspendido por misterioso influjo á la categoría de los genios, entre los cuales su amada debía ocupar un puesto superior.

Su corazón estaba distendido hasta tocar las regiones de lo suprasensible. Se sentía dilatado hasta la grandeza de la deificación. Veía pequeño el mundo; insensi-

bles, sus espinas; falsas, sus torturas; ficticias, sus penas; mentidos, sus pesares. En su mente se había regenerado la existencia; para él había vuelto el día de las nupcias de Adán. Era feliz.

Dos sentimientos hay que engrandecen al hombre de maravillosa manera: la fé y el amor.

Aquélla dilata en lo infinito; éste eleva por sobre los punzadores abrojos de la tormentosa realidad. Aquélla da alas para subir á ese deliquio sublime que se apellida santidad; éste da impulso para ascender á ese goce inaccesible que se llama dicha.

Pero el amor, como las mariposas de la pradera,. tiene diferentes aspectos. Si ha nacido en pechos crapulosos y bajos, sus alas son negras como las de los coleópteros que surgen de los fangales; si brota de un alma noble y digna, sus alas son de oro, como las de los insectos que emergen del cáliz de las flores.

Luis amaba, pero como aman los astros, con cintilaciones de luz; como ama el iris á las nubes, para coronarlas con su escarapela de colores.

Los sentimientos de Luis, como la llama del hachón, siempre se dirigían arriba. Quería ascender en todo paso; rodar á la sombra, nunca. Por éso se fijó en unos labios que vertían miel; en unos ojos que reflejaban el cielo; en una frente que coronaba el honor.

Su pasión era ya tan marcada, que su tío se la leyó en la inquietud y en los suspiros, en las divagaciones de la mente y en la inspiración con que hacía el elogio de las bellezas de Lucía.

El anciano aceptaba con placer este presunto enlace. Amaba á su ahijada con célica dilección. Admiraba sus virtudes y talentos, se sentía místicamente hechizado por sus gracias y quería para ella un porvenir cargado de dones y sonriente de ventura. A la vez, desde que vió á su sobrino, sintió por él entrañable afecto; y ahora le admiraba, además, como artista, y le rendía homenaje por las prendas de su bella alma. Verlos enlazados era ya para él una rubia ilusión. Quería abrirles las puertas de un hogar que él presentía feliz, y sobre el cual dispensaría la gracia de sus diarias bendiciones.

Luis empezaba á traducirlo así; pero se temía hablarle sobre el particular, porque no fuese á tacharlo de irreflexivo y voltario. Por éso creyó mejor callar por algún tiempo.

Su pasión tuvo motivos para crecer en los días siguientes á aquella bienhadada noche.

En nuestro pueblo, como en muchos de España y de América, se exhibe en cada casa la noche de navidad, un altar especialísimo que aquí llamamos *pesebre*. Es la representación de Belén y sus cercanías en la noche que nació el Dios–Hombre.

Allí se despliega todo el lujo de la fantasía y se exhiben caprichosamente todas las escenas que tuvieron relación con aquel suceso grandioso.

Allí se ve la sublime gruta, en un oculto pliegue del monte Olivo; la sagrada Familia, envuelta en reverberaciones de luz; el buey del tributo al César y la borrica que cabalgaba la gentil doncella de Nazareth; los pastores betlemitas cargados de presentes para ofrendar al Rey de lo creado; los tres Magos, guiados al través de las campiñas asiáticas, por la estrella misteriosa; Herodes con su corte de eunucos y su serrallo de bellezas cautivas; y rompiendo las leyes del sincronismo de la historia, aparecen allí, Adán en sus treinta años, y Eva ostentando en su radiante hermosura, el seductor atractivo de diez y seis primaveras; las cataratas del abismo derramando sobre la tierra las aguas del diluvio, y el arca de Noé flotando sobre aquella desastrosa inundación; Abraham descansando al pié de los sicomoros en el valle de Mambré; Rebeca, rubia como las hebreas, pero chispeante de gracia como las espirituales andaluzas; los israelitas cautivos, llorando al pié de los sauces babilónicos; y Jepté degollando á su hija; y Nabucodonosor rumiando en los bosques; y los profetas de la antigua Ley, vertiendo tempestades únos; lágrimas, ótros; y al lado de esas figuras que parecen la resurrección de la humanidad, las irrisiones de

la crítica y la hiel de la murmuración; Luis XIV de brazo con Semíramis; los briosos generales de nuestros motines y asonadas con sus charreteras entre el bolsillo y llevando al cinto una espada de cartón; abogados ilustres que piden á un Cura la traducción del *Constans et perpetua voluntas;* médicos notables haciendo la operación cesárea á un lesionado del pulmón; astrónomos excelsos que observan con el telescopio el paso de Sirio por delante de la luna; sublimes Castelares que pagan un discurso con un litro de Henessy, y periodistas inmortales que tienen tras de bastidores la ninfa Egeria que les escribe sus luminosos editoriales. Eso es, en síntesis, un *pesebre:* un recuerdo plástico de las narraciones bíblicas y una enseñanza gráfica para las generaciones presentes.

Hay libertad absoluta para verlos, y por éso, las gentes entran en las casas sin tocar la puerta, y se declaran en visita aunque la sala esté sola.

De tarde, cuando las faenas del día han concluido, las familias se reunen y salen en grupo á visitarlos.

Esos son los instantes queridos para los enamorados. Allí pueden ellos cruzar abrasadoras miradas con las damas de su amor, y decirse apasionados idilios bajo alusión á los personajes del cuadro.

Luis halló, pues, la anhelada ocasión, y supo aprovecharla.

Esas tardes de diciembre corrieron para

él más dulces que los panales del Hibla, y más memorables que los cataclismos de la historia.

En ellas dijo á su amada todo lo que sintió en el pecho, y recibió de ella con trasportes de júbilo, declaraciones sublimes que guardó en redoma de oro en el fondo del alma.

Ya no había duda: Luis y Lucía se amaban, y se amaban con la locura de la desesperación. Se habían encontrado como la luz y la nube para formar el iris; como la sangre y el nervio para formar el organismo. Fuera de sí, ya no vivían sino el úno para el ótro. Su porvenir estaba escrito en una palabra: unirse; sus únicas aspiraciones en ótra: amarse.

El mundo les había ocultado sus bellezas físicas; y en cambio, el destino les había presentado otro universo ideal: el de los ensueños de la pasión. Allí vivían ya ellos, apoderados de su porvenir, úno en brazos del ótro, estrechados como la liana al pino, y embebidos en las expansiones de la ternura y en los arrebatos del amor.

Luis sólo tenía un pensamiento: Lucía. Su sueño no era sueño; su vida no era vida. La imagen de Lucía se le presentaba en los rayos de la luz, en el cáliz de las flores, en el canto de las aves. La veía en las páginas del libro, en las nubes de la tarde, en el azul de los cielos. Creía tenerla en las pupilas de los ojos,

en los pliegues del pensamiento, en las palpitaciones del corazón.

No tenía un instante de sosiego: Lucía llenaba todo su sér y le quitaba todo su tiempo. En vano podía desprenderse de aquella imagen querida, que le atraía como el polo á la aguja magnética, con una atracción incesante é irresistible.

Vinieron luégo las mañanas de enero, y él halló nuevas ocasiones para continuar gozando de las frecuentes entrevistas con su amada.

Los festejos tradicionales de la infancia del Salvador no terminan con el año. El primero de enero hay la costumbre de poner en pié al santo Niño, lo que motiva una serie de tertulias de rigurosa ordenanza.

Las familias amigas concurren al lugar donde se va á celebrar la ceremonia. La señora de la casa nombra varias padrinos, quienes toman las puntas de una especie de chinchorrillo de seda, en el cual se coloca el santo Infante; y provisto cada contertulio de una vela encendida, continúan en procesión por las galerías de la casa, entre el rasguear de las guitarras, los cantos de las niñas, zumbido de cohetes, fuegos artificiales y grita y zambra y bullicio de todos. Retornados al pesebre, colocan en pié al Niño, y continúa un baile, ó por lo menos, juegos de salón. Estas tertulias llenan los primeros días del mes, son siempre memorables, porque cuando no dejan matrimonios en proyecto producen esos amo-

res candentes que se encienden como un relámpago, y así como él, desaparecen sin dejar más que úno como deslumbramiento en los ojos y atonía de pasión extinta en el alma.

Al fin llega el seis de enero, y un nuevo espectáculo absorbe la atención general. Los Reyes Magos vienen de Oriente, con sus vestidos fastuosos y sus diademas de oro. Es necesario, según las ritualidades de la Colonia, que pasen por un puente de cuerdas para llegar á presencia de Herodes; éste los recibe con inusitada pompa y les envía á visitar al Rey del mundo. En el camino se encuentran con un eremita que les anuncia grandes cosas. Presentan al Salvador sus ofrendas de oro, incienso y mirra; la estrella los reconduce á su patria por otros caminos; el Tetrarca decreta el degüello de los inocentes; la Sagrada Familia huye á Egipto, y su fuga pone punto á las jaranas de noche-buena. Terminan los pesebres, se acaban las tertulias y la lucha por la vida vuelve á absorber la agitación general.

Luis apenas si despertaba de sus ensueños de dicha. El tiempo había volado para él con vertiginosa carrera, y hubiera deseado que nunca tuviesen fin aquellas horas dulcísimas que destilaron en su pecho delicias inefables de eterna recordación.

Pero cuando ya comprendió que los días de diciembre habían volado, llenos de recuerdos y de promesas, y que con las tertulias de enero se habían acabado las entrevistas diarias,

y que los hogares habían puesto de nuevo el muro infranqueable de su inviolabilidad, y las jóvenes habían vuelto á consagrarse á sus habituales faenas, no pudo resistir á los impulsos del corazón, y una noche, acompañado de su tío, fué á pedir la mano de Lucía. No le fué negada. Los padres de ésta hubieran deseado no verla casada. Querían más tenerla como alondra libre que canta las mañanas del hogar feliz, que no abrumada bajo el peso de la vida conyugal. Pero ellos estaban ya para tocar con su bordón la losa del sepulcro, y en el presentimiento de que, á su muerte, su hija quedase sola en el mundo, aprovecharon las ventajas que le presentaba la mano de un joven digno, laborioso y honrado.

Aquel hogar venturoso abrió sus puertas para Luis, y de allí en adelante lo consideró como nuevo miembro de la familia.

Las distinciones constantes de los generosos ancianos, fueron nuevo lazo para atraerle. Recibía muestras de verdadero cariño, y se le colmaba de atenciones que abrumaban su modestia. Iba á la casa todas las tardes, y pasaba allí las primeras horas de la noche.

A veces jugaba al ajedrez con Lucía; á veces leían alguna obra literaria; cuándo cantaban á dúo sabrosos bambucos colombianos; cuándo gastaban el rato en animada y amena conversación.

Una noche estaban profundamente embebidos en una partida de ajedrez. Lucía ostentaba un traje blanco, y sobre su hombro iz-

quierdo y espaldas, brillaban las negras y ensortijadas guedejas de sus abundantes cabellos.

Hacía rato que una mariposa de alas musgas se había posado sigilosamente sobre el pecho de la encantadora joven. Parecía un prendedor de azabache artísticamente labrado. Al terminar una jugada, Luis levantó la vista y vió el animal; dió un grito involuntario; Lucía se sorprendió, y con su movimiento, el intruso coleóptero alzó vuelo y se ocultó entre el bombillo de una lámpara apagada que pendía encima de la mesa en que jugaban.

Luis trató de disculpar su brusca exclamación; pero algo como un temblor nervioso le sobrecogió y hubo de retirarse.

Esa noche no durmió. Aquella mariposa negra le tuvo hondamente impresionado. Recordó su visión, la tarde que se quedó profundamente dormido al pié del cocotero. Los rasgos de aquella imagen divina eran los mismos de Lucía; estaba vestida de blanco y tenía también sobre el pecho algo que ahora conoce haber sido una mariposa negra.

¿Qué indicaba todo aquello? ¿Era algún augurio funesto? ¿Alguna mano oculta iba prediciéndole bajo obscuros enigmas su porvenir?

No lo sabía.

¡Los sueños! ¿Indicarán la verdad? ¿Serán el resultado de una desrelación entre la inteligencia y el organismo?

Cuando el cuerpo duerme, el espíritu ve-

la, dijo Hipócrates. ¿Será entonces cuando entra en relación con los seres superiores y recibe las revelaciones de lo porvenir?

La Historia prueba que muchos sueños tuvieron un exacto cumplimiento. En sueños vió Jacob la escala misteriosa y oyó la voz que le prometía la tierra de Canaan; lo cual fué realizado. El sueño de José tuvo cumplimiento con su exaltación en la Corte de Egipto. Los sueños de Faraón se verificaron. Hécuba soñó dar á luz una antorcha encendida que abrasaba á Troya, y le nació un hijo que fué causa para que los Griegos la redujeran á cenizas. Soñó Astiages que del vientre de su hija brotaba una lozana y fecunda vid, y á poco dió á luz á Ciro, gloria y esplendor de Persia. Calpurnia vió en sueños á su marido acribillado de heridas y espirante en sus brazos, y al siguiente día César cae frente á la estatua de Pompeyo al golpe de los conjurados. Olimpia soñó que Filipo le había puesto en el vientre un sello con la efigie de un león, y le nació Alejandro. Enrique de Navarra vió una noche mientras dormía un arco-iris sobre su cabeza: al día siguiente cayó atravesado por el puñal de Ravaillac. La víspera de Waterloo Bonaparte vió en sueños un gato negro que corría asustado por entre el ejército: su derrota en aquel campo memorable indica la solución del fatal augurio.

Yo ví en sueños á Lucía antes de conocerla: tenía sobre el pecho, como esta noche, una mariposa negra. ¿Qué indica ello?

¿Luto? ¿Prosperidad? No lo sé; y no me afano por descifrarlo.

Seré buen esposo; amaré entrañablemente á la hermosa compañera de mis días; fundaremos un hogar donde el honor impere y la virtud perfume, y no he de temer las consecuencias.

Si algún accidente inesperado siembra entre nosotros el dolor, ello no será un misterio. La vida es un sudario de lágrimas. No hay placer sin dolor, como no hay rosa sin espinas.

Los ojos son hechos para ver; pero también hay en ellos una organización propia para el llanto.

Sí; mi ensueño no fué sino producto de las emociones que experimenté esa tarde. Mi visión tenía semejanza con Lucía, porque todo lo hermoso se parece. La mariposa negra es un accidente natural: se posó en el pecho de ella, porque lo creyó una rosa blanca, perfumada y bella como las que se mecen en los jardines.

Con estas reflexiones se tranquilizó y pudo dormir.

Amaneció un tanto repuesto de su pena. Con todo, quiso conocer, sobre el particular, la opinión de una gran confidente suya.

He dicho que cuando partió de El Rosario, se vino acompañándole la anciana Inés, á quien él profesaba especial cariño y respeto profundo.

Después del desayuno, la llamó á su cuar-

to, y en confidencia privada, tuvieron este diálogo:

—¿Se ha fijado usted, señora Inés, en aquella joven que es ahijada de mi tío?

—En cuál, ¿en la niña Lucía?

—Sí, en ella.

—Ah! cómo es éso. La quiero como á una hija, y ella me aprecia de igual modo. Este pañuelito azul que llevo hoy, me lo regaló el día de año nuevo.

—Con que la conoce mucho; y bien ¿qué tal muchacha le parece?

—Un ángel, hijo. Yo juzgo que no ha de haber niña más bella ni más buena en el mundo.

—¿Cree usted que Dios habrá de protegerla siempre?

—Y cómo no, si Dios protege la virtud en todas partes. Vea ahora mismo: parece que el cielo le ha dispensado toda clase de dones.

—Pues bien: he pensado casarme con ella.

—Bendiga Dios su elección. Pero bien, usted necesita pedir antes el permiso de su madre.

—Ya lo tengo, y enviado con las muestras del mayor placer.

—Pues entonces yo empezaré esta noche la novena del Patriarca, modelo de esposos, para que lo ilumine y lo guíe.

—Se lo agradeceré en el alma, señora Inés. Y estudie mucho á Lucía, y dígame todo lo que piense sobre ella.

—Ya la tengo bien estudiada, y pienso

que en ella está todo lo bueno sin la menor sombra de mal.

La señora Inés se retiró, y Luis quedó muy tranquilo. Para burlar los presentimientos de la mariposa, empezó á componer un vals. En la primera parte vertió toda la tristeza que pudo hallar en su alma, para traducir así, sus pasadas torturas; y en la segunda, derramó todo el entusiasmo y la alegría que fueron capaces de expresar las cuerdas. Lo tituló « La Mariposa Negra »

Esa noche lo tocó en casa de Lucía. Parecióle á ésta admirable, aunque tachó el título de romántico.

El no quiso explicarle la causa de haber elegido ese nombre, y se lo dedicó como un presente del día.

Hablaron esa noche sobre política. Los periódicos de Bogotá habían traído noticias importantes. En ellos se decía que el Perú había decretado un millón de pesos para el Libertador Bolívar, como recompensa á sus servicios, y una riquísima espada, como tributo ante los altares del genio de Colombia. También se hablaba de los recientes triunfos del ejército libertador, y de que pronto los Españoles habrían sido expulsados del último lugar que aún estaba en su poder: El Callao.

En Venezuela hacía tres años que se gozaba de completa paz. Desde la acción de Padilla en el lago de Maracaibo y la toma de Puerto Cabello por Páez, el País había quedado en calma. Los horrores de la pasada

guerra habían terminado, y la agricultura y la industria renacían como el fénix de sus propias cenizas.

Es cierto que La Grita había sufrido poco desde el año de 1814: por éso el pueblo sentía palpitar en sus venas el fluido de la vida social: los campos estaban vestidos de sembrados y las trojes llenas de granos.

Sobre todo ésto giró la conversación esa noche, y á las nueve, Luis se despidió como de costumbre.

Se levantó tarde al día siguiente, y se fué á caminar.

Lourdes llamamos hoy el paseo que para ese tiempo se llamaba La Meseta. Es una colina de poca altura, en la cual se ha ostentado siempre una Capilla, desde cuyo atrio se divisa perfectamente toda la ciudad con sus campos más cercanos. Allí acostumbraba ir constantemente él, y allí fué á gozar por algunos instantes del aire fresco y embalsamado de la mañana á que me refiero.

Cuando regresó á la casa, encontró una novedad por demás placentera. Hacía dos horas había llegado un peón trayéndole cartas de su madre y un hermoso regalo: un perrito. Luis quedó encantado cuando vió el animal. Era blanco como un nevado corderillo, excepto las extremidades de las orejas y la cola, que eran negras. Se llamaba Brillante, y hacía mil piruetas que la madre de Luis le había enseñado.

En las cartas, la buena señora le hablaba

de muchas cosas tiernas, y le encargaba muchos cariños para su adorada Lucía.

Luis no pudo resistir á las emociones que embargaron su espíritu, y quiso hacer partícipe de ellas á su amada.

Encontró á Lucía sola. Hacía poco había salido del baño, y se ostentaba como nunca encantadora.

Al verla, apenas si pudo saludarla : quedó deslumbrado como en presencia del sol.

Ella le notó la turbación, le dió la mano y lo condujo á la sala.

—Qué tienes, le decía : siento que tu corazón palpita con una inquietud abrumadora.

—No es nada, balbuceó él : acababa de recibir impresiones gratísimas por un peón que me envió mamá ; estaba pues, moralmente debilitado, y no pude resistir la fascinación de tu hermosura.

—Déjate de requiebros de que no hay necesidad ; y veamos ¿de dónde hubiste ese lindo perro ?

—Es un regalo de mamá. Ve las cartas que me escribe.

Lucía empezó á leer, y al llegar á las frases referentes á ella, una ola de luz rosada corrió por su faz, y apareció por un instante como en una celestial transfiguración.

En verdad, la madre de Luis tenía un altísimo concepto de Lucía, y hablaba de ella en términos lisonjeros por demás.

Lucía le devolvió las cartas, y por algunos instantes, sus almas se transfundieron úna en ótra, atraídas por el influjo de la más ar-

dorosa pasión. Sus pechos desbordaban fuego, y apenas podían resistir el golpe precipitado y sordo de sus apasionados corazones. Fué aquél un instante supremo, que vino á unir una vez más su vida y sus ideales, y en que, obsesionados por el ángel del amor, sufrieron el desvanecimiento de la gloria, y sólo despertaron al sentir con rubor entre sus labios la eléctrica explosión de un beso.

Luis se retiró, dejando en aquel perfumado recinto, un pedazo de su vida.

Pasaron muchos días, en cada úno de los cuáles se repitieron frecuentes escenas de ternura y de pasión.

Llegó el domingo de Pascua, y los jóvenes del pueblo promovieron un baile.

No hubo obstáculo para realizarlo, y á las ocho de la noche, aquel salón fascinaba con la deslumbrante belleza de una docena de preciosas jóvenes.

Lucía llamaba sobremodo la atención. Su vestido, su gracia, su conversación: todo deslumbraba en ella. Hablaba con los ojos, con las irradiaciones de su limpia tez, con las involuntarias contracciones de sus labios, con el flotar de sus vaporosos rizos.

Durante tres horas, todas las miradas estuvieron pendientes de su fisonomía.

Al fin terminó la tertulia. La noche estaba serena; el cielo, estrellado. De los páramos venía un airecillo perfumado, pero frío como la nieve.

Todas las familias se retiraron á sus hoga-

res, y Luis acompañó á la de Lucía hasta la puerta de la casa. Allí se despidió.

Durante el trayecto de la calle, Lucía había experimentado una impresión desagradable en la vista. Sin embargo, no creyó aquéllo de mayor trascendencia, y se acostó sin hacerse ninguna aplicación. Durmió profundamente, y no despertó sino al oír el bullicio de los sirvientes que trajinaban en la casa.

La puerta del aposento tenía algunas hendeduras por las cuales entraba luz; pero por más que observó, no pudo comprender que estuviese de día. Esperó algunos momentos: las vacas bramaban: su padre daba órdenes á los sirvientes: en el comedor se oía ruido de platos. Al fin, se levantó, aunque todavía hallaba su pieza en completa obscuridad, y cuál fué su sorpresa cuando—al abrir la puerta—no vió la claridad del día.

Se pasó el pañuelo por los ojos; pero en vano buscaba la luz.

Llamó á su madre y le refirió la novedad: ésta la condujo de la mano al corredor de la casa; pero inútilmente todo. Estaba ciega.

Había perdido el uso de la visión. Una noche perpetua le había envuelto los ojos en su densa obscuridad.

Ya no vería más los esplendores del cielo ni las bellezas del día. La luz había huido de sus ojos, y, como los reptiles atrofiados que vegetan en el fondo de los fangales y caver-

nas, estaba condenada á vivir en la negra noche de las tinieblas.

Un mundo de amargura cayó sobre su frente, y al verse abandonada por el más bello de los primores que ostenta el universo, la luz, una grande y cristalina lágrima brilló en cada uno de sus párpados y rodó por sus mejillas como una centella de fuego. Eran las primeras que empezaban á brotar de aquellos ojos que aún no habían sentido el beso helado del dolor.

Pronto se circuló la noticia de esta desgracia por todo el pueblo. Las familias acudieron á la casa, y partía el corazón ver pintado en todos los rostros el pesar que producía el infortunio de la hermosa joven. Trataban de consolarla, se esforzaban por inspirarle confianza en la reposición ; pero ella no daba valor á infundadas promesas. Su aflicción se sobreponía á todo. Nuevas y nuevas lágrimas brotaban de sus ojos, y de cuándo en cuándo, un ligero gemido salía tremolando de su temblorosa garganta.

En las exterioridades de la vista, no se le notaba ningún accidente extraño ; sólo que los ojos estaban aún más abrillantados, y tenía la pupila inmóvil y como un tanto variada de forma.

Cuando Luis supo esta desgracia, sintió como una espina en el corazón. ¿Será mi destino la causa de este infortunio? se decía profundamente acongojado. Se encerró en la pieza y se dió por largo rato á dolorosas reflexiones.

Algunas horas después, fué á casa de Lucía. Hizo esfuerzo por permanecer inmutable en su presencia. Le habló con gran serenidad de espíritu; la consoló en su enfermedad; le prometió que á vuelta de pocos días estaría buena; le refirió curaciones de casos semejantes, y después de haber hecho uso por largo rato de los recursos de su elocuencia, se retiró á su casa bajo la más horrible pesadumbre.

La enfermedad de Lucía le pareció incurable. No es un accidente natural, decía; es la obra de un destino adverso, de un hado cruel, de una mano funesta que va cubriendo de abrojos el sendero de mi vida. Hiriérame á mí, exclamaba, y no á este ángel inocente cuyo solo delito es llevar en el alma las irradiaciones de la virtud. Descargara sobre mí el peso de sus iras, y no sobre esta flor encantadora que no ha cometido más falta que brillar un día en los verjeles de la hermosura, exhalando los perfumes de su modestia y su bondad.

En estas reflexiones estaba, cuando se le acercó el anciano sacerdote, que venía á pulsarle el estado del alma. Le habló largo sobre la enfermedad de la joven, y todas sus palabras salían envueltas en el iris de consoladoras esperanzas.

Esa enfermedad, decía, es un accidente explicable. Lucía es una especie de sensitiva, y como esta clase de flores, se resiente al más ligero contacto. El aire de la noche, la impresión demasiado fuerte de

la luz, el excesivo ejercicio, ó cualquiera otra causa para mí desconocida, han podido determinarle esa instantánea pérdida de la visión; pero no hemos de desesperar por su salud: con la gracia del cielo, la vista habrá de volverle.

Ella es, sobre todo, muy joven; está en la fuerza de la robustez; pletórica de savia vital y de fluidos propulsores del desenvolvimiento. A esa edad las enfermedades ceden; los impulsos del desarrollo orgánico, semejantes al poderoso empuje de la creciente de un río, arrollan todo obstáculo que se opone al ejercicio de los órganos. Los jóvenes no deben desesperar por nada: es su privilegio tener fé y esperar; suyo es el porvenir; suyas las promesas de dicha; suya la realización de sus aspiraciones. Muy ótra fuera la esperanza de un anciano. Nosotros no tenemos más patrimonio que la ley de la degeneración. La naturaleza, al inclinar hacia el suelo la frente de los ancianos, ha querido mostrarnos la tumba, como único refugio que nos queda sobre la tierra.

Ten fé en mis palabras, y espera con ahinco la salud de tu prometida. Si no hoy, mañana, la enfermedad habrá de ceder. El árbol tierno que encorba el vendaval, recobra por impulso propio la posición primitiva.

Yo tengo, además, un poderoso medio para conseguir lo que deseo: la oración. Ante una plegaria, los cielos se abren, y des-

ciende en rayos de luz la bondad de Dios.

Estas palabras cayeron en el alma de Luis como un dulcísimo lenitivo. Volvió la tranquilidad á su espíritu, y sintió renacer las esperanzas que ya creía perdidas para siempre.

En tanto, Lucía continuaba sumida en el más profundo desconsuelo. Sus amigas le rodeaban el lecho y le dirigían palabras consoladoras; pero con los ojos húmedos de llanto, y el corazón, de pena.

Así trascurrieron varias semanas: la visión continuaba perdida y la frescura de la hermosa joven iba marchitándose como los pétalos de las azucenas cuando el sol declina.

En los pueblos vecinos fué imposible conseguir un médico que viniese á medicinarla. Las aplicaciones que le indicaban no surtían efecto, y todo parecía contribuir á la desgracia de la infortunada joven.

Su buena madre pasaba los días sumida en la mayor desolación. Mis esperanzas, decía, han muerto. La alondra que debía cantar las alboradas de mi vejez ha enmudecido. El ángel que consolaba mis penas ya no puede ver mis lágrimas para enjugarlas, ni oprimir con su mano mi frente para detener las contracciones nerviosas de mis amargos pesares. Ah! hija del alma! apagados esos ojos que eran mi luz, mi vida, mi felicidad; sin brillo esos luceros de la mañana que traían á mi corazón los rayos de la dicha; eclipsados esos

soles cuyas miradas llevaban el día á mi conciencia y auroras de ventura á la tormenta de mis infortunios..... Ah! me resisto á creerlo; me parece un engaño de los espíritus diabólicos; un sueño horrible producido en una hora de maligna sugestión. Pero, oh dolor! tú no finges, hija mía: yo veo que las lágrimas humedecen tus párpados y contemplo en tu hermosa faz la melancólica expresión de las tristezas del alma. Sí, hija mía, has perdido la visión; sobre tu frente ha descargado su férrea mano un destino cruel; la desgracia te ha herido con toda la altivez de su furor, y te ha sepultado viva en la noche de las tinieblas, la más espantosa de las tumbas. Ciega, como el anciano Tobías, pasarás los años de tu existencia; ciega, como el desgraciado Edipo, habrás de cruzar los senderos de la vida.

Oh! Dios mío! si mis debilidades han sido la causa de este infortunio, castigadme á mí, que soy la culpada; no á mi hija, inocente y buena. Haced que yo arrastre las cadenas que merecen mis faltas y devolved sus horas tranquilas y sus días de alborozo á ese pedazo de mi existencia.....

Así exclamaba constantemente la buena anciana; y luégo se sumergía en un mar de lágrimas y en un abismo de abatimiento y de dolor.

Su pesadumbre la aumentaba el decaimiento de Lucía.

Esta casi no hablaba cuando había gen-

te en su cuarto; pero en su fisonomía se pintaba, con sus rasgos más vivos, la amargura del dolor. De momento en momento exhalaba un convulso y prolongado gemido; se comprimía con las manos el corazón; elevaba la faz al cielo como en tono suplicante, y una lágrima cristalina brotaba entonces de sus ojos y rodaba á tierra sobre el nevado terciopelo de sus mejillas.

Cuando estaba sola, entonces su tristeza era mayor. Postrábase de rodillas y hacía á Dios ternísimas oraciones. Se le oía implorar el consuelo para sus queridos padres, y su propia resignación para sobrellevar el peso de su desgracia. Oraba por todos los que sufren en el lecho de los tormentos, por los que gimen en la obscuridad de las prisiones, por las madres que no tienen un pan para sus hijos, por las viudas desoladas, por los huérfanos inocentes. Sus palabras entonces eran dulces como la miel, y bellas como un rayo de esperanza; pero imploraba con tanta vehemencia, comunicaba á sus expresiones tanto fuego, que caía en un paroxismo, con toda la demacrada palidez de un muerto.

Por ésto, casi no la dejaban sola; en su pieza siempre había alguno de la familia, y por las tardes concurrían allí los amigos de la casa para departir cordialmente en el seno de la expansión. Luis pulsaba su armoniosa cítara, el Cura narraba episodios bíblicos y todos contribuían con la amenidad de su conversación á ha-

cer aquellos momentos de verdadero regocijo.

Brillante era compañero inseparable de Lucía. Por la mañana le llegaba, llevándole en la boca una cestilla de frutas que con tal objeto le entregaba Luis. El perrito no se equivocaba: salía apresuradamente; iba á casa de la joven, penetraba hasta su pieza y le entregaba el regalo con mil caricias y agasajos á los cuales ella correspondía con besarlo y darle un pedazo de pan humedecido en su afecto. Allí pasaba con ella largas horas, y luégo retornaba llevando á su amo un clavel ó un hermoso jazmín del Malabar.

Varias amigas de Lucía la acompañaban por turnos. Para distraerla, le leían las mejores obras que encontraban á la mano.

Algunas de estas lecturas le sirvieron de distracción; pero ótras no hicieron sino aumentar sus motivos de llanto.

Un día se hizo leer á *Pablo y Virginia.* Le habían recomendado esta obrita como de una belleza abrumadora, y quiso conocerla.

Pasó un día celestial, es cierto; quedó encantada con aquellos episodios tan tiernos como los que según las narraciones bíblicas se verificaron en las chozas patriarcales; pero cuando ya el dolor posó sus alas de cuervo en aquel hogar de bendición; cuando ya la tempestad marina se tragó á la hermosa joven, y el mar arrojó sólo un cadáver frío á la orilla, los raudales de lágrimas brotaron á los ojos de Lucía, y sólo consoló por breve tiempo su

aflicción con la amargura de un nuevo dolor.

Estas fortísimas impresiones le alteraron la salud. Las lágrimas le enrojecían los ojos y le debilitaban sobremanera. Se preocupaba profundamente con esas narraciones tristes, y visiones lúgubres y sombrías le alteraban la tranquilidad del sueño y le hacían despertar sobrecogida de terror.

Por éso convinieron en no leerle en adelante sino obras morales, ó esas novelitas que divierten sin poner en juego las grandes pasiones.

Muchos días trascurrieron así. En aquel hogar no había un rayo de dicha, como en aquella joven no había un rayo de esperanza. La casa permanecía silenciosa; los quehaceres estaban abandonados; los negocios, interrumpidos.

Ya el jardín estaba despoblado, porque la jardinera no había vuelto con su cántaro de agua á mañana y tarde; los durazneros y membrillos no florecían, porque estaban descuidados por el podador; los pájaros no venían á cantar, porque no tenían el atractivo de las frutas.

La sala de familia estaba con sus cuadros cubiertos de obscuras gazas; en los corredores colgaban las arañas sus redes, y por doquiera se veía el desaliento que ya había empezado á abatir el corazón de los moradores de aquella casa.

En ésto, varias cartas de Maracaibo anunciaron la venida del Doctor Peña. Era éste un distinguido médico zuliano, que acos-

tumbraba pasar en La Grita temporadas de meses, prodigando generosamente los dones de su ciencia. La noticia fué acogida con general entusiasmo; pero aún más que con entusiasmo, por los padres de Lucía.

Esta misma se sintió revivir. El Doctor Peña es mi salvador, decía; él volverá la luz á mis ojos, y la dicha á mi hogar. Tengo firme confianza en él; tengo un presentimiento que me lo inspira el mismo Dios y que por ello no saldrá fallido.

Y en verdad, desde que supo tan fausta nueva, parecía como si la mano de un ángel le hubiera enjugado las lágrimas y depositado una gota de consuelo en el fondo del corazón. Cesó su abatimiento; terminó su mutismo; le volvió el color á la faz; la dulzura, á las palabras, y la sonrisa, á los labios.

Misterioso poder de la esperanza. Ella es el astro que esclarece la noche de todos los infortunios y que lleva un iris de consuelo á la tormenta de todas las desdichas. Ella sostiene al que va oprimido por el dolor, y levanta al que yace tendido en el lecho de espinas del sufrimiento. Es una mano que enjuga las lágrimas y un bálsamo que cicatriza los corazones. Ella sonríe al cautivo en su prisión; besa al inocente niño á quien abandonaron sus padres, da la mano al piloto á quien ya acobarda la tempestad marina y señala un sendero oculto al viajero á quien la noche ha extraviado en las montañas. Ella tiene

voces de aliento para todas las decepciones, y goces y alegrías para todos los pesares. Cuando Adán salía del Paraíso abrumado por el peso de la más grande de las amarguras, al través de las lágrimas de sus ojos, vió á su lado una diosa gentil que le consolaba: era la esperanza. José en los calabozos de Faraón, veía á todas horas un rayo de hermosa luz que penetraba por el techo: era la esperanza. Job en el estercolero, al través de sus desgracias y sus dolores, sentía una voz al oído que le hablaba de dulzuras inefables: era la esperanza. Ella está en donde quiera que el infortunio hiere y la desdicha azota. Es una lámpara que no se apaga, una estrella que jamás se eclipsa. Nació junto con la desgracia, y en todas partes es su compañera.

Cuando el último día de la existencia humana claree para la tierra; después que hayan muerto todos los hombres y se hayan extinguido todas las penas; cuando ya no haya ni un corazón palpitante, ni una lágrima brillando en los párpados de un moribundo; entre tanto cadáver sombrío; por encima de tantas ruinas y miserias; al través de tanta desolación y espanto, una diosa gentil, una hada encantadora, un ángel divino, con la faz melancólica y la mirada compasiva, abrirá sus alas de nieve y convulsivamente se elevará al cielo: ese ángel será la esperanza.

SEGUNDA PARTE

—

La Grita es un pedazo del antiguo Edén, transportado á los Andes Venezolanos.

Es una ciudad no muy grande; pero enriquecida con toda la prodigalidad de la Providencia. Situada en una altiplanicie, en medio de dos ríos, con veinte grados centígrados por temperatura media, sin lugares pantanosos en sus cercanías ni nevados en sus montañas, goza de un clima delicioso, á cuya acción los organismos se desarrollan con vigor, huyen las enfermedades terribles y la vida se prolonga hasta tocar con los días achacosos de la decrepitud.

Nuestras tierras, siempre fecundas y fértiles, producen todos los frutos de dos zonas. En solo un día de marcha, podemos aspirar

por la mañana el romero de los páramos, é ir á solazarnos por la tarde á la sombra de los cacaotales, contemplando esas urnas de coral que cuajan en su seno la almendra del licor divino. Cuanto brota nuestro suelo es pan, y gérmenes de vida, cuanto lleva nuestro aire. Las aguas aquí corren por sobre lechos de arena, y son tan claras y sabrosas, que más parecen la ambrosía de los dioses que el riego de los campos. Multicoloras aves pueblan nuestras campiñas, y entonan á mañana y tarde, el himno de la creación; y variadísimas y bienolientes flores tapizan nuestros valles y colinas, convirtiendo en artístico verjel los contornos de la ciudad feliz.

Nuestras costumbres son sencillas é inocentes. Aquí ni el lujo enerva, ni la depravación envilece. Aquí se desarrolla el corazón para los nobles sentimientos, y la inteligencia, para las grandes ideas. Aquí el trabajo es la vida y el honor la ley: á nuestro recinto no llega el oleaje de las grandes pasiones políticas, ni nos azota con su ala sombría el negro cuervo de los crímenes nefandos.

En el primer cuarto del siglo, vivían aquí numerosas familias de fuera, que habían venido á gozar de este clima paradisíaco y á pasar la vida en la quietud de una calma olímpica y en las dulcísimas fruiciones de los afectos del hogar. Extinguiéndose están ya los últimos restos de algunas familias procedentes del Zulia, y ótras de Mérida han

desaparecido por completo, ó han transformado su apellido en el contacto de las razas y de los individuos.

Notabilidades de Maracaibo visitaban constantemente esta ciudad, y familias enteras pasaban aquí los días ardorosos del estío.

Entre otras personas honorables, venía casi bianualmente un distinguido médico que aún recuerdan nuestros ancianos con el lacónico nombre de "EL DOCTOR PEÑA."

No conozco su biografía; nada se me ha dicho de su familia; ignoro sus antecedentes y días últimos: sólo sé por la tradición que era un hombre entrado en años, de complexión robusta, tez morena, rico de saber, pródigo en bondad y honorable por su trato y sus costumbres.

Cada vez que se anunciaba su venida, iban numerosas personas á recibirle hasta las montañas de Las Guamas. Sus días aquí le eran gratos, por las numerosas distinciones de que era objeto, y á las cuales correspondía él con los beneficios de su ciencia, que distribuía generosamente. Cuando ya se aproximaba su regreso, todo el pueblo se conmovía, y multitud de amigos iban á llevarle hasta las riberas del Zulia, en el cual se embarcaba para seguir al suelo de su nacimiento.

He dicho ya que había anunciado su venida para pasar en ésta una temporada. Corría el mes de diciembre de 1826.

La ciudad se entusiasmó. La familia de Lucía le esperaba con inquietud, y muchos

otros enfermos confiaban en que el afamado doctor habría de devolverles el precioso don de la salud.

En esta ocasión, sus amigos fueron á recibirle hasta el puerto de Encontrados. Veinticinco gritenses había allí una tarde, con la vista atenta hacia los nublados del Catatumbo, cuando allá, á la distancia, confundida con el horizonte, apareció úna como garza de blancas alas, que venía nadando suavemente por sobre el dorso de las aguas: era la anhelada goleta.

Una hora después, el doctor Peña abrazaba á sus buenos amigos en el puerto, y se deshacía en cariños y agasajos para con aquellos generosos viajeros que habían ido á recibirle á tanta distancia de su pueblo.

Al día siguiente continuó la marcha.

La navegación del río Zulia es encantadora. Suben las canoas lentamente, por la dificultad de remontar las aguas; pero ésto hace más bello el viaje, porque permite gozar mejor de la hermosura del paisaje.

El río es bastante ancho, y sus aguas, dormidas. En las playas y sobre las piedras, se tienden á medio día, jadeantes, con la boca abierta, numerosos caimanes, que los viajeros se entretienen en tirar con sus revólvers.

Manadas de monos se acercan á veces hasta el río, y sorprenden con sus gritos estrepitosos; y llaman la atención aquellas hembras con sus hijos al hombro como lo hacen las mujeres, y todos ellos haciendo piruetas y gesticulaciones risibles, en las cuales han

visto muchos filósofos algo más que el instinto irracional.

Los árboles se ven cubiertos de variadísimas aves, entre las cuales, los loros y guacamayas atolondran con sus confusas griterías.

Después de tres días de navegación, los viajeros estuvieron en Guamas, y allí tomaron sus cabalgaduras para seguir en dos jornadas á La Grita.

Cuántas personas, inundados los ojos en lágrimas, vinieron á presentar sus felicitaciones al distinguido médico. Individuos á quienes había levantado del borde del sepulcro, madres que por él conservaban sus hijos, esposas que le debían los días plácidos de sus hogares, todos venían á darle de nuevo las gracias por valiosos beneficios recibidos y á testificarle otra vez el cariño que para él guardaban.

Desde Encontrados supo la desgracia de Lucía, y deseaba con ahinco verla para prodigarle algún alivio. La había conocido pequeñuela, y le había parecido desde entonces, una gracia por la belleza, y un ángel por la bondad.

La pobre niña hasta entonces nada había mejorado. El mundo continuaba para ella obscuro como lo negro de la media-noche. Apenas hacía sino llorar. Sus carnes se habían extinguido, y ya no le quedaba de su antigua hermosura, sino el correcto perfil de sus facciones y la inefable dulzura de su conversación.

El año trascurrido fué más doloroso para ella, que la reclusión para el cautivo.

Había perdido hasta la esperanza de recuperar la vista, y á tientas, como el anciano Tobías, esperaba seguir el camino de la tumba para hallar allí el reposo que la existencia le había robado.

Cuando el doctor Peña fué á visitarla, encontróla muy abatida, y temió por la curación.

En fisiátrica como en toda empresa humana, la esperanza es el primer indicio del éxito. El convencimiento en nuestros propósitos, es el triunfo. Cuando no hay fé, todo está perdido. El médico cuida tan sólo del curso de la enfermedad; quien sana es la naturaleza, ó bien, es el impulso de la vida, el cual es tanto más poderoso cuanto más enérgica es la confianza que el paciente tiene en su curación.

El doctor Peña estaba convencido de estas verdades, y su primer labor fué despertar en la joven el entusiasmo por su restablecimiento. Con tal fin agotó los recursos de la elocuencia; narró historias de curaciones dificilísimas, le habló de los adelantos de la ciencia, del poder de nuevos medicamentos, y todo con tanta vehemencia y con tal fuego, que logró llevar una chispa de convicción al alma de la joven, en cuyos labios volvió á dibujarse, después de muchos meses, una sonrisa de satisfacción.

Por lo demás, el doctor manifestó á sus amigos que la enfermedad de Lucía era una

amaurosis, cuyo principio se debía á un espasmo. Les significó que la curación era difícil, pero que no desconfiaba de llevarla á cabo.

Al siguiente día empezó á medicinarla, al mismo tiempo que asistía á otros varios enfermos.

Entre éstos se cuenta úno, cuya curación hizo gran resonancia.

Tres años hacía que el doctor Peña había estado la última vez en esta ciudad. En ese viaje, trajo como asistente inmediato á un joven muy de su confianza, el cual fundó un hogar y se quedó en La Grita. Llamábase Tirso: tendría diez y ocho años, y era de modales finos, laborioso, honrado á toda prueba, bien parecido y de conversación agradable.

En esta ciudad, se prendó ardientemente de una joven cuyos padres habían muerto, dejándole como patrimonio una casa en el pueblo, y una finca rural.

Todo se prestaba para realizar aquel enlace, y el doctor Peña tuvo la satisfacción de arreglarlo en poco tiempo.

Aquel hogar fué un nido de azulejos colgado en las ramas de un naranjo. El ángel de la felicidad lo cubrió con sus alas: Hebe le dispensó sus dones, y Eros, el fuego de su pasión.

Vivían aquellos esposos tan sólo para amarse, y hallaban en su amor, la dicha de su existencia.

Aún no había pasado su luna de miel, cuando una tarde conversaban ambos re-

clinados sobre la hoja seca, al pié de un pomarroso, en el patio de su casita de campo. De pronto, de entre las ramas del árbol voló un colibrí, que regresó á poco, trayendo en el piquito, la miel con que iba á alimentar á sus pequeñuelos. Estos chillaron al sentir en torno al nido á la bondadosa madre, y María, que así se llamaba la joven esposa, se entusiasmó al ver aquel nido de plumas oscilando bajo una rama, y quiso coger los pequeñuelos.

Tirso se oponía, guiado por su instintiva compasión hacia los animales; pero María lloraba por el nido.

Déja la felicidad á esos seres que también viven y sienten como nosotros, le decía él. Cuál sería el pesar de esa pobre madre al verse sin sus hijos, y cuál la tristeza de esos pequeñuelos separados del calor materno y muriendo en tus manos, como mueren marchitas las flores de tu altar.

Tú juzgas de esos animales como si fueran seres racionales, le contestaba ella. Ellos ni piensan ni raciocinan, y sólo están dispuestos por Dios para servicio del hombre.

Falso, mi adorada, le replicaba él, esquivando acceder á sus súplicas: falso que esas avecillas estén hechas para nuestro servicio. Ellas viven sobre la tierra con el mismo derecho que nosotros, y puesto que no las necesitamos para sostener nuestra existencia, hemos de dejarlas embelleciendo los campos y llenando el aire de armonías.

Tirso rehusaba complacer á su esposa con

sacrificio de sus sentimientos de compasión; pero María, poniendo un beso en los labios de su amado, le burló con una sonrisa sarcástica ésos que ella llamaba requiebros femeniles, y el joven se vió obligado á trepar al pomarroso para cogerle el nido de colibríes.

Hora fatal! Mejor le hubiera sido no haberlo intentado. Al ir subiendo de gajo en gajo, una rama se partió, y habría caído, á no haber quedado balanceándose sobre una curbatura del tallo central. A duras penas pudo bajar de allí; y al tocar el suelo se tendió exánime, pálido y con todas las apariencias de un muerto. María se afanó infinito; dió ayes, le insufló la cara, le pidió perdón por sus caprichos, le abrazó, le besó y en medio de su locura llamó al servicio para que le ayudasen á conducirlo á la cama.

El paroxismo le pasó pronto; pero él continuó exhalando unos quejidos dolorosos que le partían el alma. Ese día comenzó para aquel hogar antes feliz una época de amargura. El ángel de la dicha voló de allí, y en cambio, vino á cubrirlo con sus negras alas el buho del infortunio. Ya no hubo más sonrisas de placer, ni más ensueños de ventura; ahora no había sino lágrimas en los ojos, luto en los corazones y ayes lastimeros que repercutían de muro en muro, como para prolongar más su expresión de infinita tristeza.

Tres años habían trascurrido. María estaba transfigurada. En ese tiempo no había tenido una noche de sueño ni un

día de reposo. La enfermedad de Tirso era una cosa extranatural. Sentía un dolor agudo hacia el lado del corazón, y no había un solo remedio que le hubiese dado algún alivio. Todos los cardiacos estaban agotados; el mal continuaba con el mismo furor, y el pobre joven parecía ya un espectro salido de las tumbas.

En ésto llegó el Doctor Peña, y una de sus primeras visitas fué para Tirso. Casi lloró al verle. Le contempló con pesar, largo rato; averiguó el origen de la enfermedad, trató de consolarle con palabras dulces y afectuosas y le ofreció ir al día siguiente para hacerle un examen detenido.

No se dejó esperar. A las diez de la mañana, estaba ya contraído á una minuciosísima exploración. La enfermedad le parecía sobre modo rara. El corazón lo encontraba en perfecto buen estado; y, cuando ya desesperaba de la curación, le ocurrió una idea luminosa. Tirso podía tener una costilla lujada. En efecto, tal era la causa de tanto dolor. Recibido el golpe en el lado izquierdo de la caja torácica, junto al esternón, la tercera costilla se había separado de su cartílago correspondiente. Ese mismo día ocurrió á la reducción del arco dislocado, practicando sobre él una fuerte tracción con la cual lo trajo á su nivel natural; combatió luego las consecuencias de la lujación, y el joven renació á la vida, sintió volver la calma á su espíritu y abrazó de nuevo á su amada compañera, derramando mutuamente lágrimas de felicidad.

Esta sencillísima curación multiplicó la fama del reputado médico; y Lucía, al oirla relatar, concibió el convencimiento profundo de que él le volvería la vista. Se hacía las aplicaciones que le indicaba con gran fé, y cada día cobraba una nueva esperanza.

Habían transcurrido algunas semanas. Una noche estuvo en su casa, hasta las nueve, el anciano sacerdote. La conversación fué muy animada y Lucía se entregó al sueño bajo la presión de dulcísimas fruiciones. Durmió profundamente. Durante el sueño, su fantasía esfumó idealidades sublimes y su corazón fué presa de hondas emociones. Sólo le notó ésto su buena madre, que, al sentirla respirar con cierta inquietud, se le acercaba de momento á momento, y varias veces logró ver dibujársele en los labios la sutil contracción de una sonrisa.

Cuando despertó era de día. Abrió los ojos y con gran sorpresa suya notó en el techo de la pieza un punto luminoso como una estrella. Se oía el bullicio de la mañana; cantaban los pájaros en los naranjos del jardín, bramaban las vacas en el patio y trajinaban los criados en los corredores de la casa.

Aquel punto luminoso le sorprendió: sentóse en la cama, dirigió la vista hacia la puerta y con marcada admiración vió la luz del día al través de las junturas de las abras. Dió un grito de alegría, y súbitamente llegó su madre á la orilla de la cama.

Veo, madre mía! veo ya, exclamó Lucía trasportada de alborozo. Su madre la abrazó

y sin decir palabra, empezó á llorar de placer.

En verdad, Lucía estaba curada. Al abrir la puerta, distinguió todos los objetos del cuarto. Su entusiasmo no tuvo límites: se arrodillaba para bendecir al cielo; abrazaba á sus buenos padres; hizo llamar al Doctor para participarle tan fausta nueva, y hasta en la confusión de sus ideas y en el tropel de sus palabras, manifestaba las intensas emociones de placer que le embargaban el espíritu.

El venerable Cura no se dejó esperar para venir á repetir con ella las palabras del anciano Tobías cuando hubo recobrado la luz de la visión; y Luis, al saber tan dichosa noticia, no sólo sintió el alma revivida y gozosa, sino que vió abrirse de nuevo el horizonte de su soñado porvenir, en mala hora obscurecido por una pasajera nube que él creyó la noche de su desgracia.

Ese día fué para él un renacimiento. Sintió de nuevo las energías de la existencia y vió otra vez tapizado de flores el sendero de su ansiado porvenir.

Es una prueba con que el destino ha querido conocer mi fuerza de voluntad, decía. La dicha no se concede sino á las grandes almas. Los corazones débiles son indignos de la felicidad y de la gloria. Lucía es una creación especial de Dios y no está destinada sino para un hombre fuerte, que pueda conducirla felizmente por sobre los abrojales de la existencia. En el matrimonio, el marido es un barquero, que lleva á su esposa al través del oleaje de los mares de la vida,

y ¡ ay ! de él, si, débil y cobarde, la deja naufragar; ¡ ay ! de él, si no evita los escollos y la traidoras sirtes ; ¡ ay ! de él si, agobiado por la lucha, desfallece y se entrega á la desesperación en medio del camino.

Yo me haré digno de tanta grandeza y tanta dicha. Buscaré energías en los mismos contratiempos y sabré desafiar las más rudas tempestades de la vida, llevando en torno mío á mi cara compañera, que se unirá á mí como la liana al pino, como la graciosa enredadera á la roca granítica de la zona ecuatorial.

Con todo, estaba indeciso para ir á presentar sus plácemes á Lucía. Dudaba por momentos de la curación y creía un engaño la bienhadada nueva.

Es un misterio del pobre corazón humano : después que el infortunio nos ha azotado con su brazo de espinas ; después que el dolor nos ha herido cruelmente y hemos bebido nuestras propias lágrimas en la noche de la aflicción, si de súbito clarea el día y la felicidad posa en nuestros labios su tibio beso, dudamos de la realidad ; y como aquel Wamba que se durmió pastor y amaneció rey, juzgamos una ilusión de nuestra fantasía lo que es un hecho consumado en el curso de los sucesos. Y luégo, convencidos de la verdad, tememos que ésta se destruya á impulsos de nuestra propia desgracia.

Luis temía que al presentarse ante su joven prometida, un sino adverso volviese á

correrle sobre el cristal de las pupilas el velo de la ceguedad.

Sinembargo, al fin hizo una resolución extrema y fué á verla. Sus presentimientos se disiparon. En la faz de Lucía brillaban otra vez en todo su esplendor aquellos ojos negros que le habían robado el alma y que le tenían encadenado como un cautivo en su prisión. Al entrar, la joven le enclavó la mirada, y con una sonrisa de placer le reveló todo un poema.

Esa tarde reanudaron los días de sus interrumpidas ilusiones, y vieron de nuevo entapizada de gardenias la senda del porvenir.

Pocos días después, Lucía iba á cumplir una promesa ofrecida por su salud á la Cruz de la Espinosa.

Es un paseo en que se goza de una perspectiva encantadora. En la cumbre de uno de los cerros que entornan la ciudad, se eleva una Capilla, cuya imagen de la Cruz es venerada aún por los pueblos de las cercanías.

A las siete de la mañana, los romeros se encontraban en disposición de marcha.

Lucía estaba seductora. Un sombrerito de lindísima forma caía en su cabeza con más gallardía que una diadema imperial. Sus padres, Luis, varios jóvenes y señoritas amigas y algunos criados con preparativos para un almuerzo improvisado, constituían el grupo de personas que iban á partir.

Cuando el sol de un esplendoroso día de enero abrió sus rayos de oro, los viajeros em-

pezaban á trepar la gran cuesta. Las orillas del camino estaban bordadas de flores silvestres, los pájaros cantaban sus alegres dianas y mil abejitas de vistosos cambiantes zumbaban en torno á los pétalos de las flores.

Lucía iba ya un tanto fatigada, y se apoyó en el brazo de Luis. Los demás jóvenes ofrecieron también sus brazos á las damas, y acometieron lentamente la difícil ascensión. Brillante les precedía á todos dando volteretas y ladrando á las aves que encontraba en el camino.

Luis iba fuera de sí. Llevaba prendido de su brazo al ángel de su felicidad, y sentía en sus carnes las trepidaciones de aquel corazón que tanto palpitaba de fatiga como de amor.

A cada dos ó tres vueltas del camino, se sentaban á reposar, á la sombra de algún florecido cínare, sobre un verdegueante tapiz de esmeraldino césped.

No hablaban sino de su dicha futura, de esos cielos encantadores que dibujaban en su ardorosa fantasía, y á los cuales soñaban llegar ya, llevados por las alas de su febril amor. Todo el fuego de las venas les abrasaba las carnes; todo el fósforo del cerebro ardía en sus ideales concepciones y todas las corrientes nerviosas se habían desarrollado en úno y ótro para producir en ellos la mayor intensidad de la pasión.

Por fin, cuando creían que hubiesen transcurrido tan sólo algunos instantes, súbito se

vieron en la cima del cerro, y contemplaron á su frente la capilla de la Cruz.

La difícil ascensión les había parecido un sueño.

Todos se sentaron al pié de los árboles, á contemplar el hermoso panorama de La Grita y sus alrededores; y cuando ya hubieron descansado, las mujeres fueron á cumplir su promesa y á presentar el ex-voto ante la divina Imagen.

A las once, almorzaban deliciosamente, como almuerza una caravana al pié de un baobab en el oasis del desierto. Las criadas habían extendido los manteles á la sombra de unos coposos árboles, y al redor de ellos, sentados en el suelo todos los paseantes, comían unos pavos estofados, una ensalada, magnífico pan y sabroso vino.

Después del almuerzo, Luis tomó la cítara y ejecutó nerviosas y expresivas piezas. Las jóvenes entonaron algunas canciones; y luégo, se distrajeron jugando á las cartas diferentes juegos de salón.

A las dos de la tarde emprendieron el regreso, lenta y complacidamente; y cuando las tinieblas de la noche empezaban á obscurecer el horizonte, estaban de nuevo entrando en la ciudad.

Esa noche, en reunión de familia, quedó definitivamente fijado el día de las bodas: el 24 del próximo mes de junio. Luis debía ir á su casa en el intermedio, y retornaría con su madre y algunos parientes.

De allí en adelante las puertas de la casa

de Lucía estuvieron completamente abiertas para Luis. Largas horas del día y las primeras de la noche pasaba al lado de la hermosa joven, cuyas prendas morales y penetración intelectual admiraba cada vez más.

Al fin llegó el día de partir para El Rosario. Con lágrimas en los ojos y luto en el corazón, dijo adiós á su joven prometida. Le dejó como recuerdo afectuoso á Brillante, su compañero en los momentos de soledad, y la cítara, su consuelo en las horas de infortunio.

Al salir del pueblo, casi se rebelaba á seguir marcha. Por largo rato estuvo indeciso. El pensamiento en Lucía lo atormentaba, y sentía interiormente úna como revulsión ante la idea de alejarse de aquel suelo querido, de aquel hogar acariciado y de aquella mujer que era su vida, su alma, su corazón. Con todo, era necesario el viaje, y siguió.

A la vez, Lucía quedó profundamente triste. A cada instante tenía que comprimirse el pecho, porque sentía como que se le iba en pedazos el corazón.

Se encerró en su dormitorio y tomó un libro para distraer su pena; pero en vano. Era imposible contraer el pensamiento, que iba por las vueltas del camino en pos de su adorado amante. A veces, una tibia lágrima se le iba involuntariamente rodando por sobre el delicado terciopelo de sus mejillas: entonces se recogía, pensaba en su

desvarío y trataba de hacerse fuerte; pero pocos instantes después, el pesar volvía á dominarla, y la humedad del llanto le abrillantaba de nuevo los ojos.

Ya habían pasado varios días, y la pena no cesaba de atormentarla.

Se acordó que Luis le había dejado un libro cuya lectura le recomendó, y fué á buscarlo. Estaba en el fondo de su baúl. Era un volumencito en octavo, empastado en pana azul, sobre la cual resaltaba en letras de oro: *Atala.*

Besó el libró como recuerdo de su entrañable amigo, y sentada junto á la rejilla que daba al jardín, empezó á leer.

Desde luégo, le llamó la atención la brillantez del estilo; aquellos períodos rumorosos como las ondas de las fuentes; aquella selección de palabras musicales; aquellos pensamientos que cantan y ríen, que emiten rayos de luz y dejan el ambiente saturado de esencias; y por sobre todo, aquél como polvillo de oro que va regado en todas las páginas para deslumbrar la vista del afortunado lector.

Poco á poco se internó en el medio del libro y su corazón empezó á palpitar. La relación del anciano Chactas tuvo para ella un interés especialísimo; y aquella Atala, aquella hija de los bosques, aquella magnolia perfumada que á la lumbre de la luna le pareció una exhalación la noche que iba á libertar al joven cautivo de los muscogulgos y siminoles; esa preciosa hija de Si-

magán le clavó en el pecho una agudísima saeta de cariño.

Fué en vano dejar el libro. Ya habían trascurrido tres horas y ella tenía pena con su madre; pero era imposible suspender la lectura. A veces lloraba, á veces se estremecía; ya elevaba una oración al cielo por Atala, ya bendecía al santo anacoreta que en su humilde caverna dió hospedaje á los amantes prófugos. Todas las impresiones de la terneza le conmovían el alma; todos los suspiros del dolor venían á su garganta; todas las palpitaciones del pesar le estremecían las fibras del corazón y todas las lágrimas del infortunio venían á nublarle los ojos y á caer tibias y brillantes sobre las páginas del hermoso libro.

Por fin terminó. Cerró el volumen y se entregó á llorar.

El sol se había ocultado en el ocaso, y las primeras sombras de la noche venían por el oriente como las alas extendidas de un gran buho. Los pájaros entonaban en el jardín las últimas canciones; las gallinas cloqueaban ya en su árbol y las palomas subían por las escaleras á buscar el nidal.

La lectura de aquella obra le pareció un sueño, una divagación del alma inquieta, un desvarío producido por la febricitación de la calentura.

Cuando salió del cuarto, ya estaba obscuro, y su madre no pudo distinguirle el enrojecimiento de los ojos.

Esa noche no pudo dormir. A cada ins-

tante se despertaba sobresaltada por ensueños dolorosos. Veía á Atala muerta, al padre Aubry envolviéndola en la humilde sábana, á Chactas retorciéndose en el suelo, presa de la más horrible desesperación; y luego venía á su mente el recuerdo de aquella procesión tristísima, de aquel entierro en la silente soledad de los bosques vírgenes, en que abre el cortejo un perrito faldero, sigue el santo anacoreta llevando la pala con que va á cavar la sepultura y cierra el acompañamiento el pobre hijo de Utalisi, que conduce al hombro lo único que le queda de la joven virgen que hizo por un momento sus sueños de felicidad: un cadáver.

Por varios días estuvo cabizbaja y pensativa, pero consolada un tanto de la separación de su amante. La impresión que le causó el bienhadado libro le absorbió todo su sér y aun le hizo olvidar sus propias penas.

Pasaron muchos días, y una tarde recibió carta de Luis. La leyó en su cuartico predilecto entre suspiros de ternura y lágrimas de felicidad.

Le decía muchas cosas tiernas y expresivas. Le contaba que había encontrado á su madre enferma, su casa muy transformada, á sus amigos muy diferentes y hasta el paisaje de su suelo natal más descolorido y menos seductor. Le pedía mil perdones por su larga ausencia, que se prolongaría aún por uno ó dos meses, y le enviaba muchos recuerdos de cariño y muchas protestas de su ardiente amor.

Esta carta inquietó mucho á Lucía. Luis no retornaba hasta dentro de uno ó dos meses, y éso era para ella un suplicio.

Pasaba los días sumida en la inquietud y en el pesar. Cuando ya habían transcurrido algunas semanas, se iba de tarde al «Calvario,» quinta de sus padres, acompañada de su madre y alguna amiga íntima; y allí, sentada en un punto desde donde se divisaba largo trecho del camino por el cual debía regresar Luis, esperaba suspirando, como el anciano Tobías, el retorno de su objeto amado.

Cuando ya las nieblas de la noche venían, abandonaba aquel sitio predilecto, para volver á su casa, abrumada de tristeza. Algunas veces se entregaba al dolor en su cuartico amado, y sólo la consolaba Brillante, que iba á agasajarla con volteretas y mimos, en los cuales ella veía algo más que las caricias de un sér irracional.

La comunicación postal era para esos tiempos muy imperfecta, y la falta de relaciones comerciales mantenía á los pueblos alejados entre sí. Por ésto, Lucía recibía muy pocas cartas de su amante.

Pasaron los dos meses, y Luis no regresaba. En verdad, le era imposible. Encontró á su buena madre postrada en el lecho del dolor, víctima de una afección reumática, que le hacía exhalar en agudos ayes la savia de la vida. Dos médicos la estaban tratando, y apenas si habían conseguido darle algún alivio.

Por fin, se sintió mejor. Los dolores desa-

parecieron casi de un todo, y sólo quedaba el cansancio de los músculos, que le impedía casi caminar. Era ya el mes de mayo: se aproximaba la época fijada para las bodas; había recibido dos cartas de su padrino, llamándole con instancia, y él temía consecuencias fatales por causas de su demora.

Su buena madre conoció todo ésto y le impulsó á partir. Ella celebraba el matrimonio de su hijo; amaba á esa Lucía con todo el amor de madre; reconocía en ella excelsos méritos y adorables virtudes, y sólo anhelaba saber el momento en que ya sería la esposa de su amado hijo. Luis, pues, instado por su madre, se decidió á regresar. Ella no podía venir, pero quedaría esperando á los jóvenes desposados durante los primeros días de julio. Con tal compromiso, bendijo á Luis, y éste partió para La Grita, llevado por una fuerza oculta y misteriosa que le atraía con impulso irresistible. Su llegada fué un día del Edén en casa de Lucía. Esa tarde no tuvo el sol para ella orlas de luto ni crespones de dolor; los pájaros entonaron endechas más dulces, y le parecieron las flores más fragantes y más tiernos los susurros del céfiro al penetrar regando aromas por entre las rejillas de su ventana.

Los padres de Lucía le recibieron con toda la intensidad del amor paterno: sólo lamentaron que hubiese llegado sin su madre, á quien esperaban anhelantes para tributarle las manifestaciones del cariño.

Luis había traído los trajes para el día de

bodas, que fueron sobre modo del agrado de Lucía.

El pueblo todo esperaba entusiasmado; las familias preparaban lujosos regalos para presentar á la feliz pareja en el día del matrimonio; y el mismo anciano Cura aguardaba con vehemencia el ansiado día, para tener la dicha de unir ante Dios á los venturosos jóvenes.

El padre de Lucía era un caballero asaz estimado y que gozaba de numerosas y cordiales relaciones en los pueblos vecinos. Tal circunstancia lo obligó á invitar á varias familias amigas, que ofrecieron gustosas concurrir á los ruidosos festejos.

Nada faltaba. Un hado benéfico como que había dispuesto todos los preparativos de un modo inusitado y maravilloso. Las familias invitadas habían llegado dos días antes. El tiempo era hermoso; la ciudad estaba en calma; lo rudo de la guerra había cesado; los labradores tenían sus campos vestidos con el rico manto de las siembras, y todo se unía para entonar el himno de la paz en el altar de la abundancia y la riqueza.

El 23 de junio clareó risueño y esplendoroso. El genio de los aires extendió su azul cabellera, que Febo doró con sus rayos de gualda y de topacio.

Lucía esperó acompañada de numerosas amigas. A las seis de la tarde ya ostentaba su traje nupcial: estaba deslumbrante: parecía un ángel, una gracia, una deidad de esas que el genio de los griegos hacía salir

de entre la espuma de los mares ó de los copos de nieve de las montañas.

A las ocho, el numeroso cortejo desfiló hacia el templo. La calle estaba perfectamente iluminada: el frontis de la iglesia parecía un árbol pirotécnico en el instante en que arden todas sus ramas de variadas luces. Allí esperaba el Cura, revestido con sus ornamentos de ritualidad, para dar las manos á los prometidos esposos.

Pasada la ceremonia, la procesión retornó á la casa, donde los padres de Lucía abrumaron de obsequios á la concurrencia.

A la mañana siguiente, se celebró la velación, de acuerdo con nuestras costumbres cristianas.

Una vez en la casa, Lucía fué el centro de todas las miradas. Estaba encantadora: tenía un traje verde manzana, elegante sobremodo. Sus ojos eran luz; la sonrisa habitual de sus labios hería los pechos como los dardos del mismo Adonis; y la gracia de sus modales, y la bondad de sus atenciones seducían á cuantos la observaban fascinados por su belleza.

Los circunstantes habían sido invitados á pasar el día. En el almuerzo, varias personas brindaron por la felicidad de los desposados, y un amigo de Luis pronunció en estilo nervioso el himno epitalámico con que los griegos imploraban para todo nuevo hogar la protección de los dioses lares.

Después, pasearon por el jardín, donde Lucía regaló á cada caballero un simbólico ha-

cesito de flores. Bajo los frondosos naranjos de la alameda, Luis pulsó su cítara, á la cual arrancó ese día soberbias improvisaciones; y luégo, los caballeros se retiraron para volver á las cinco de la tarde al banquete de despedida.

Luis se había ausentado por varias horas en unión de sus amigos. Cuando regresó, eran la cinco y media. Lucía le esperaba para comer. Ostentaba esa tarde un airoso traje blanco que contrastaba admirablemente con la obscuridad de sus cabellos y la noche de sus brillantes ojos.

Un capricho la había impulsado á comprar un prendedor de azabache y oro, en forma de mariposa, que lucía en ese instante en el pecho. Estaba fascinadora sin ponderación. En medio de sus amigas parecía en aquella sala la reina de las flores. Atraía las miradas con una fuerza prestigiosa y oculta. Irradiaba luz, belleza, encantos, armonía. Tenía del ángel, de la odalisca, de la huríes de Mahoma, de las vírgenes cristianas.

Cuando Luis entró en la sala, quedó deliciosamente sorprendido; pero al verle la mariposa en el pecho, pronunció una involuntaria exclamación. Es un símbolo, le dijo ella, mostrando con sus dedos de marfil el prendedor de azabache. El anciano Cura le miró atentamente, y él bebió en esta mirada toda la tranquilidad que había perdido por un instante. El doctor Peña, que deletreó algo transcendental en la sorpresa de

Luis, le excitó á sentarse, y cruzó con él algunas palabras de caballerosa cortesía.

En ésto, la concurrencia fué invitada á pasar al comedor. El banquete de esa tarde tiene su significación especial.

En nuestros pueblos, se acostumbra preparar una comilona en cada casa, la tarde del día de San Juan. Es una costumbre que nos dejó España, y que todavía priva en muchos lugares de América. Por la noche hay baile, y á veces, cabalgatas, cuando es tiempo de luna.

Esa tarde reinaba general animación en La Grita. Por doquiera se veía entusiasmo; en las salas se oía música; cruzaban por las calles, grupos de señoras y caballeros, y desde muy temprano habían empezado á iluminar la ciudad.

Eran las seis. Se había ocultado el sol, y el ocaso exhibía una decoración esplendorosa.

La concurrencia se dirigió al comedor. Ocuparon los extremos de la mesa el Cura y el doctor Peña. A derecha é izquierda del primero, estaban los padres de Lucía, y seguidamente los jóvenes desposados.

En todos los semblantes se dibujaba el placer, menos en la faz de Luis. A éste le preocupaba hondamente la mariposa negra que tanto lucía en el pecho de su amada. Tuvo recuerdos horribles, presentimientos horrorosos, inquietud, zozobra.

Súbito se oye un ruido extraño. Todo el mundo se puso en pié, y cuando el Doctor Peña gritó ¡ terremoto ! la mayor parte sal-

taron al patio de la casa. La naturaleza, en verdad, se había conmovido. El edificio bamboleó un instante y cayó. El estrépito de la caída fué seguido de otros muchos; se oyeron gritos é imprecaciones por doquiera; se exhalaron ayes tristísimos y se levantó una polvareda inmensa que obscureció los últimos destellos de la luz. El suelo se mecía horriblemente, relinchaban los caballos en la vecindad, ladraban los perros, mugían las reses espantadas y todo era terror, asombro, pánico, susto, miedo, consternación.

Luis había quedado exánime bajo un jazmín del patio. Apenas repuesto un tanto, dió un grito de horror. ¡ Lucía ! exclamó, y á su voz lo rodearon los que habían podido escapar del peligro.

Ni el anciano sacerdote, ni Lucía, ni sus padres, ni algunas otras personas habían podido salvarse.

El Doctor Peña empezó á auscultar los escombros, y percibió como en una profundidad la voz del Padre Fernando.

Ocurrió allí con sus compañeros, y levantando vigas y fragmentos del techo, lograron sacarlo á vuelta de algunos minutos. Estaba lacerado por doquiera y vertía sangre por una herida de la espalda.

Luis recorría inconsolable todos los escombros en busca de Lucía. La llamaba por todas partes, movía la palizada, hacía imprecaciones al cielo; pero todo era en vano.

En medio de su consternación, el Doctor Peña determinó el punto en que podría ha-

llarse; empezaron á cavar allí, y después de poco rato, descubrieron el cadáver de la madre, y abrazada á ella y agonizante, á la hermosa é infortunada Lucía.

Colocáronla debajo del jazmín, y mientras el Doctor y Luis le prestaban algunos auxilios, los demás sacaron al padre de la joven, también muerto, y algunas personas más.

El conflicto era espantoso; no había una medicina, ni un vaso de agua, ni un jergón siquiera para colocar á los contusos. Los ayes partían el alma; las madres preguntaban por sus hijos; los hijos se abrazaban al cadáver de sus madres muertas: niños que lloraban por un punto; esposos que desesperaban por otro, y obscuridad, y luto, y terror, y duelo.

Por fin pasó la nube de polvo, apareció en el oriente la luna y clareó completamente la noche.

A su luz, pudieron verse mejor los desastres.

Lucía, despedazaba el corazón. Estaba inmóvil, con los ojos cerrados y de momento en momento exhalaba un gemido que hubiera hecho llorar hasta á las rocas.

A un lado de ella, estaban los cadáveres de sus padres, y el anciano sacerdote, que en medio de su dolor, oraba al cielo para que calmara su ira, y rezaba las oraciones de agonizantes para ayudar á bien morir á la desgraciada joven.

Pocos instantes después, ésta empezó á

agonizar, y á las doce de la noche, el ángel de la muerte la cubrió con sus frías alas: quedó como dormida.

La desesperación de Luis fué inaudita. Revolvíase en el suelo como un niño; maldecía el primer instante de su vida; daba ayes prolongados y agudos que repercutían en los cerros vecinos; besaba el cadáver de la joven; le hablaba tiernamente; la llamaba con inefable ternura, y volvía de nuevo á retorcerse y á mesarse los cabellos con una angustia inenarrable y un dolor infinito.

El Doctor Peña rodeó de blancos jazmines el cadáver hermosísimo, que la luna bañaba con su luz y los céfiros de la noche embalsamaban con sus gratos y embriagantes perfumes.

Cuando el alba descorrió con sus dedos de marfil las cortinas del Oriente, la ciudad apareció transformada en un promontorio de ruinas. Parecía el campamento de Senaquerib, después que el ángel exterminador pasó por sobre él su espada de fuego. Escombros, ruinas, muertos, heridos, contusos; miseria, dolor, espanto... tal fué el triste espectáculo sobre el cual el rocío de la mañana cayó como las lágrimas de la aurora.

Cada árbol era una sala fúnebre. Innumerables cadáveres de ancianos, jóvenes y niños yacían tendidos sobre colchones de hojas, y cubiertos de flores, como único adorno para ir á la tumba.

Al redor de cada árbol, numerosos deudos gemían lastimosamente, y besaban, con reli-

giosa ternura, los fríos despojos de los muertos.

Jamás pintor alguno ideó cuadro más triste: el pincel no podría traducir en colores esa realidad dolorosa, ni la mente humana concebir esa fúnebre necrópolis.

Todo el día lo emplearon los sepultureros en cavar fosas, y por la tarde, cuando ya el sol caía hacia el Ocaso; cuando ya el Oriente colgaba sus negras gasas y cantaban los pájaros sus últimas tristísimas endechas, reunieron todos los cadáveres en la plaza principal, y el anciano sacerdote, cubierto el rostro de lágrimas y con voz convulsiva y tremolante, empezó á cantar el Oficio de Difuntos. Aquel canto funeral no tenía más coro que los gemidos y los ayes de todas las personas que allí estaban, y que eran á la vez, deudos y enterradores.

Después de una hora, la procesión de muertos desfiló hacia el Cementerio, entre los gritos de dolor y los ecos del *De Profundis*, cantado por el anciano y venerable Cura. A medida que desfilaban, graznaban los ganzos asustados, ladraban los perros, y una nube de cuervos sombríos se cernía sobre la ciudad como para aumentar el terror de la espantosa escena.

Llegados al Cementerio, empezaron á enterrar los cadáveres. Tres sepulturas había juntas, al frente de la puerta: en la del medio colocaron á Lucía, y á uno y otro lado, á sus padres.

Cuando fueron á arrojar los primeros puñados de tierra sobre la infeliz joven, Luis

no pudo resistir á su dolor: dió un grito desolador y se lanzó á la fosa. «Sepultadme también á mí, exclamaba; echadnos tierra á los dos: muerta Lucía, yo no quiero vivir más en el mundo: aquí es donde debo reposar eternamente, para serle compañero en la noche de la fosa, ya que en la vida no pude serlo sino por un instante.»

No bastaban las súplicas del sacerdote para hacerle salir de allí; y al fin fué necesario que el Doctor Peña le sacase por fuerza, y lo retirase de la sepultura para que los enterradores terminasen su obra.

Ya no tenía lágrimas aquel infortunado joven; su voz era ronca; sus ojos parecían dos pedazos de carne; estaba demacrado y cadavérico; pero era imposible consolarlo; imposible llevar al fondo de aquel corazón acongojado, una gota siquiera de dulce y santa resignación.

Estaban aún á la entrada del Cementerio, cuando Brillante, el infeliz perrito, llegó allí, escuálido, maltratado y cayéndose por el hambre. Había quedado bajo los escombros de la casa del Cura, y un día y una noche había empleado en hacerse un camino para salir.

Las caricias para con su amo fueron extremas. Luis también lo abrazaba, y nuevamente se inundaba en llanto.

De pronto, el animal se retira, y guiado por el instinto, llega á la fosa de Lucía y empieza á aullar y á arañar el suelo recién movido. Nueva pesadumbre invadió los cora-

zones y nuevas lágrimas brotaron á los ojos de todos. Luis casi no pudo soportar el dolor, y fué necesario que sus amigos le llevasen en peso al hogar..... ¡ah! al jazmín bajo cuyas ramas había pasado la noche antes, la más amarga de las noches que puede un mortal pasar sobre la tierra.

Al llegar allí, la obscuridad había extendido su negro capuz, el *dios-te-dé* había acabado de cantar sus últimas plegarias, y los primeros rayos de la luna empezaban á salir tras las gigantescas montañas del Oriente.

Nadie durmió esa noche. La impresión del terror poseía todas las almas. Una oración general parecía oírse en todos los labios.

Por otra parte, las oscilaciones del suelo no habían cesado. Nuevos y nuevos movimientos seísmicos se sentían con sólo interrupciones de minutos. La alarma crecía cada vez más. El pavor aumentaba á cada momento.

Cuando el día vino, muchas familias emprendieron marcha hacia Seboruco, punto distante tres leguas de La Grita, y donde empezó seguidamente á formarse un pueblito, con el nombre de La Fundación.

Los que quedaron en la ciudad, levantaron sus barracas, que poco á poco fueron ensanchándose para tomar mediana forma de habitación.

Las gentes de los campos empezaron á reconstruir la casa del Cura, y pronto le edificaron una casita de pajareque y tejas, la cual,

con el andar de los días, fué mejorándose hasta presentar un bello aspecto.

No gozó de ella mucho tiempo el Padre Fernando, pues pocos meses después, á causa de las contusiones recibidas en la fatal noche, contrajo una enfermedad al pecho que le llevó á la tumba.

Antes de morir, otorgó su última voluntad, é instituyó á Luis único heredero de sus pocos bienes.

Este no supo de la muerte de su tío: una fiebre tifoidea lo tuvo reducido al lecho del dolor durante dos meses, y sólo se salvó, gracias á los exquisitos y generosos cuidados de Inés, pues hasta el Doctor Peña había regresado á Maracaibo, después de aquel suceso espantoso, casi fuera de sí, presintiendo que en aquella ciudad el terremoto podía haber ocasionado tantos estragos y tanto luto como en La Grita.

Cuando Luis estuvo en pié, lo primero que hizo fué ir al Cementerio. Largas horas estuvo sollozando sobre la tumba de Lucía. El frío de la tarde y lo delicado de su organismo le obligaron á retirarse á la casa, á donde llegó para recaer en cama por tres meses con la misma enfermedad.

Por fin, un día pudo levantarse: era un cadáver, un espectro salido de las tumbas.

Durante este tiempo, Inés había recibido una carta del Rosario: contenía una funesta noticia: la madre de Luis había muerto.

Ella ocultó esta infausta nueva durante

muchos días: darla al pobre joven, era matarlo.

Un corazón sensible y bueno no puede resistir á las inclemencias de la desgracia: es un vaso frágil, que se rompe al menor golpe.

Un rico hacendado, antiguo amigo del Padre Fernando, se condolió un día del lamentable estado de Luis, y se lo llevó para su campo, con el fin de restablecerlo, lejos de aquel escenario donde había visto sucederse tantos infortunios, y auxiliado eficazmente por ese aire oxigenado y puro de las tierras frías, que lleva al organismo efluvios de vida, y al alma, reposo y bienestar.

Cuarenta días pasó en aquella mansión bendita, donde se le prodigaron atenciones y cariños fraternales. Una alimentación nutritiva y frecuentes ejercicios corporales, le repararon las fuerzas y le levantaron el espíritu, moralmente decaído al peso de tantas penas.

Sus heridas, sin embargo, no estaban cicatrizadas. De tarde, se retiraba de la casa, y por allá, en el boscaje, sentado al pié de un árbol ó al borde de un torrente, se entregaba á profundas meditaciones.

«¿He nacido, acaso, para el dolor? decía. ¿Existe, por ventura, un destino adverso, que se goza en oprimir mi frente con su mano de hierro?

«Muere mi padre cuando apenas empezaba yo á darme cuenta de la vida; mis únicas dos hermanitas se hunden en la tumba como

frescos botones de camelia todavía en la edad de los juegos infantiles; una terrible enfermedad me obliga á abandonar el suelo de mi cuna, y á dejar lejos á la amorosa y buena madre que con sus besos de ternura llevaba á mi corazón la luz de la existencia; Lucía, mi idolatrada Lucía, mi inolvidable Lucía aparece un instante en mi camino, lo cubre de rosas y perfumes, y el más cruel de los infortunios me la arrebata, no dejándome de ella sino un recuerdo que me parte el corazón; muere luégo el noble y generoso sacerdote que me tendió sus brazos de padre, que calmó las rudezas de mis nostalgias y que con su mano temblorosa de placer bendijo mi unión con el ángel de mis dulcísimos ensueños.....

«¡Oh! Dios mío! ¿estoy abandonado del cielo? ¿He venido al mundo para escarnio de la desgracia? ¿Existe un hado impío destinado á perseguirme?..... ¡Ah! No puedo creerlo. Mi conciencia no está manchada con la sangre de los delitos, ni llevo hechos girones mi honor y mi decoro.....

«Sin embargo, ese sueño funesto; esa imagen de Lucía; esa mariposa negra; esa muerte súbita..... ¡oh! sí: todo estaba dispuesto con antelación: yo he sido vil juguete de un destino nefasto: la desventura me persigue con ruda saña, y sabe Dios qué nuevos dardos tendrá listos para atravesarme el corazón.

«Pero ¡oh! miseria humana! ¡Cómo concebir un destino para atormentarnos en la

LIBRARY

vida! Cómo suponer siquiera que nosotros seamos aquí ciegos autómatas del acaso! ¿Qué es entonces el hombre? ¿Qué vale la razón? ¿Para qué le sirve la voluntad?..... ¡No! ¡no! ¡Es imposible! El mayor de los absurdos es pensar siquiera en que exista un poder inexorable como la necesidad y ciego como el azar, cuyas operaciones, encadenadas por vínculos secretos é indisolubles, tengan por objeto nuestra desgracia sobre la tierra.

«¡Oh! sí! El hombre es libre para obrar á su beneplácito. Nada hay más verdadero que el imperio de la voluntad sobre nuestras propias determinaciones. Yo no hago lo que una sugestión extraña me indica, sino lo que yo quiero. Yo soy susceptible de cambiar de voluntad cuando circunstancias particulares obran sobre mis sentimientos. Yo me inclino ante una súplica, mudo de pensamiento ante una alabanza, domino las tendencias de mi naturaleza, y cuando me place, hago por sobre todo, mi querer. Sí; mi conciencia me lo dice así, y ella es en ésto el mejor juez.

«La muerte de Lucía es tan sólo un accidente natural. Si yo me hubiese colocado á la mesa en el lugar que ella ocupó, yo dormiría á estas horas el sueño de la tumba, y ella, profundamente inconsolable, estaría soportando sobre la frente el peso de todas las amarguras.....

«Sí; abandonaré esta idea blasfema que me atormenta, y me resignaré ante la inmutable determinación delos sucesos.....»

Tales eran las meditaciones á que se entregaba en religioso silencio; y las cuales, muchas veces, le interrumpió la presencia del buen aldeano, que venía á buscarlo para invitarle á comer.

Una mañana, poco después de rayar el sol, le llegó con mil piruetas y agasajos á la pieza donde estaba leyendo, su favorito Brillante. Estrechólo en los brazos, y salió con él á informarse quién lo había traído. En el corredor de la casa encontró jadeante y fatigada, á la anciana Inés.

He venido, le dijo, á darle una nueva que, aunque triste, no debe inquietarle, pues espero que no habrá motivo para ello. Su señora madre está enferma en El Rosario.

¿Y cómo lo sabe? preguntó él inquietado.

Por cartas de allá, que desgraciadamente dejé olvidadas en la casa.

Yo quiero ver esas cartas: vámonos ahora mismo para la ciudad.

No se afane, niño, le dijo ella: no hay causa para tales zozobras. Ella mejorará, con la gracia de Dios.

Continuó la conversación entre los dos largo rato, y como al fin, él se decidiese á partir al día siguiente para El Rosario, la buena señora lo disuadió, y le hizo comprender que ya todo era inútil, pues su madre había muerto hacía diez días.

¡Oh! pintar el efecto que en el pobre joven causó esta noticia, es imposible. Habría que pedir sombras á la noche, amarguras al

infortunio, tormentos al dolor. La desesperación de Luis no tuvo límites; no bastaron reflexiones ni consejos; se deshizo en lágrimas; se mesó los cabellos; se revolcó en el suelo como un niño; y al fin, macilento, escuálido, desfigurado, fué conducido á su cuarto, donde pasó el resto del día sumergido en la noche del más hondo pesar.

Esa tarde, al saber la noticia, vinieron á acompañarle en su dolor muchas personas de las haciendas vecinas, á quienes el joven había inspirado el más vivo cariño.

Los aldeanos de mi pueblo son un trasunto de los sencillos moradores de Israel en los días patriarcales.

Honrados y laboriosos, hacen de la virtud un culto, y del trabajo, un placer. El cuervo de los pensamientos sombríos jamás llega á batir sus negras alas en aquellas mentes, cerradas para el mal; y ni el odio ni la venganza ruin echan raíces en aquellas almas blancas y puras como níveos jazmines recién desplegados á la lumbre de la aurora.

Sus hogares están abiertos para todo el que á ellos toca; y no sólo se gozan en recibir y agazajar al que allí llega, sino que salen á encontrar al transeunte á quien la noche sorprende en el camino, como lo hacía el anciano Abraham cuando tenía su poética tienda en el Valle de Mambré.

Sus hijos se educan en la escuela del trabajo y del respeto paternal; y aquellas pudorosas jóvenes sobre cuyas frentes apenas han posado su tibio beso veinte primaveras; blan-

cas y bellas como las rosas de Jericó, son verdaderas vírgenes, á quienes bien pudiera tributarse culto, á estar colocadas en un altar.

El pobre que va á los campos á implorar un pan, jamás retorna á su tugurio sin traer las alforjas llenas de granos, y el corazón henchido de las más gratas emociones.

Los sentimientos religiosos de nuestros aldeanos, están inspirados en la fé más viva y én la caridad más noble. El temor de Dios es allí la base de la vida, y por éso las costumbres son sencillas é inocentes, la conducta acrisolada, y el cumplimiento del deber, sagrado.

Un duelo en nuestros campos es duelo general. Todos los vecinos ocurren al sitio del dolor, y allí rivalizan en servir con sus bienes y personas, y en aliviar la pena á la familia atribulada.

De aquí por qué la tarde en referencia, al redor de Luis había numerosas familias que le acompañaban cordialmente en su infortunio, y se esforzaban por llevar á aquel corazón amargado, una gota siquiera de dulce conformidad.

En la mañana del día siguiente, regresó á la ciudad, acompañado de la buena anciana y de Brillante.

Allí, el cielo no volvió á clarear para él, ni en la copa de la vida volvió á escanciar sino el absintio de la muerte.

De tarde se iba al Cementerio, con una guirnalda de flores, que colocaba en la tumba de Lucía; y allí permanecía, dado á las

lágrimas y á la meditación, hasta altas horas de la noche en que regresaba á la casa.

Se levantaba muy tarde: daba comida á las numerosas palomitas y pájaros de todas clases que tenía sueltos en el patio y corredores de la casa; regaba el jardín y la frutera, y luégo se entregaba á la lectura de libros místicos y literarios.

No recibía visitas, ni iba tampoco á casa alguna, tal vez para no recordar, al pasar por los escombros de la ciudad, el fatídico suceso de la aciaga noche de junio.

Muchos meses transcurrieron, y aquella alma enferma estaba más triste y abatida.

La intensidad del dolor, en vez de disminuir, parecía aumentar gradualmente.

El pobre joven estaba ya incognoscible. En corto tiempo se había transfigurado: veíasele ahora profundamente pálido y demacrado, con los ojos hundidos y opacos, los cabellos largos y la expresión siempre triste y meditabunda.

Pronto sintió quebrantos en la salud. Un dolor permanente en los huesos le atormentaba. Dejó de salir aun al Cementerio, y pasaba los días leyendo debajo de los árboles, rodeado de todas sus avecillas, que se le posaban encima y lo acariciaban con inauditas demostraciones de afecto.

De tarde, solía tañer el arpa, y de aquellas cuerdas salían notas tan tristes que hubieran hecho llorar á las mismas fieras de los bosques.

Una mañana apareció muerto.

Cuando la buena anciana entró á saludarlo, según costumbre, lo halló sumergido en el sueño eterno.

Al saberse la noticia, muchas familias amigas se trasladaron á la casa, y tributaron al cadáver de aquel infortunado joven, todos los homenajes que les inspiró el más acendrado cariño.

Su cuerpo fué enterrado junto al de Lucía, en medio de las sepulturas de los padres de ésta.

....

....

En 1878, cuando se dispuso clausurar el Cementerio antiguo de La Grita, aún se veían, en dirección á la puerta, tres sauces llorones, que, con sus ramajes caídos, cubrían cuatro cruces corroídas por los años, y colocadas en una línea recta: allí estaban las tumbas de los desgraciados jóvenes, tan olvidadas ya como su tristísima historia.

FIN

Stockton, Calif.

U.C. BER

C03